

# Unidad y Carismas

## «Interioridad dilatada»

Una interioridad nueva

*Manuel Morales, o.s.a.*

---

Interioridad, oración y santidad

*Bruno Moriconi, o.c.d.*

---

Jesús en medio de nosotros:

la «interioridad dilatada» según Chiara Lubich

*Florence Guillet*

---

El camino de la «interioridad dilatada»

*Amedeo Ferrari, o.f.m.conv.*

---

Alberto Hurtado:

«¡Contento, Señor, contento!»

*Antonio Castellano, s.d.b.*

---

El encanto de la teóloga espiritual

*Donato Cauzzo, m.i.*

---

N.º 77/2011

Enero - Marzo



**Ciudad Nueva**

## Revista trimestral de espiritualidad y comunión

### Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)  
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

**Director:** José Damián Gaitán, o.c.d.    **Composición:** José Luis Belver, o.s.a.

**Administración:** Joaquín M<sup>a</sup> Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.  
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

**Consejo de redacción:** Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M<sup>a</sup> Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

### Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,  
Via della Selvotta, 25  
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.  
unitaekarismi@cittanuova.it

### Edición alemana

«Charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr  
Kaulbachstrasse 47  
D - 80539 München, Alemania  
schalk@redmuc.de

### Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,  
mssp, Via della Salvotta, 25  
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

### Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,  
Cistercijanska opatija Sticna  
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

### Edición francesa

«Unité et Charismes», Roger Bourcier, fsg  
10, av. Rémy René-Bazin  
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia  
unitecharismes@focolari.fr

### Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.  
Biskupow 72 PL  
48-355 Burgrabice, Polonia  
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

### Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.  
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil  
centrofoco@uol.com.br

## «INTERIORIDAD DILATADA»

### Editorial

---

Una interioridad nueva *Manuel Morales, o.s.a.* 2

### Perspectivas

---

Interioridad, oración y santidad *Bruno Moriconi, o.c.d.* 4

Jesús en medio de nosotros:  
la «interioridad dilatada» según Chiara Lubich *Florence Gillet* 8

El camino de la «interioridad dilatada» *Amedeo Ferrari, o.f.m.conv.* 13

### Testigos

---

Alberto Hurtado:  
«¡Contento, Señor, contento!» *Antonio Castellano, s.d.b.* 20

### Experiencias

---

El encanto de la teología espiritual *Donato Cauzzo, m.i.* 25

Franciscanas con los jóvenes  
de la *Fazenda da Esperança* *Rosa M. Severino, f.s.* 29

Vivir la comunión  
en los organismo eclesiales *Mario y Luisa Franzoia* 33

Hacer que circule  
la esperaza entre los jóvenes *Nicola Giacomini, s.d.b.* 36

### Nuevos horizontes

---

Unidos por la misma raíz *María Voce* 39

# Una interioridad nueva

**M**IENTRAS contemplo este anchuroso mar de Cádiz, en el abrazo entre el Atlántico y el Mediterráneo, hoy más revuelto gracias al levante, con cientos de gaviotas locas de hambre dándose el festín en acrobacias increíbles, voy pensando en el tema de este editorial de Unidad y Carismas: *Una interioridad nueva* ¿Nueva? ¿También hay una interioridad que puede ser nueva? Y pienso en nuestra inmensidad interior, en «*las profundidades del alma humana que los Santos han sabido sondear*»<sup>1</sup>, en el fondo y también en “la superficie” de nosotros mismos, en lo que se vive dentro y en lo que se mueve fuera. Porque es verdad, ahí fuera picotea fuerte el hambre de la gente. Pero, ¿y nosotros dentro? ¿Qué hay en nuestro fondo, quién habita en nuestros adentros, «*quién está dentro en esta alma*»? , que decía Santa Teresa<sup>2</sup>.

A San Agustín “le inspiraba pavor” la complejidad profunda e infinita de este “mar” que somos. E invitaba a no huir de la interioridad —«*No te vayas fuera, vuelve a ti mismo*»—<sup>3</sup>. «*Se desplaza la gente para admirar los picachos de las montañas, las gigantescas olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvidan de sí mismos*»<sup>4</sup>.

Se oye decir que hay crisis de la persona. Se escribe desde la sicología y la siquiatria que abundan hoy las personas débiles, vulnerables e inmaduras. Parece que se hace cada vez más difícil saber vivir con uno mismo. C.S. Lewis, en las *Cartas del diablo a su sobrino*, explica la técnica fundamental con que el “aprendiz” debe tentar a su “paciente”: mantenerle siempre distraído, evitar a toda costa que él se pare a pensar, conseguir que preste atención al «*flujo de sus experiencias sensoriales inmediatas*»<sup>5</sup>. Porque eso es la vida real, y no otras realidades que ni se pueden ver ni palpar.

Es muy frecuente, en conversaciones y reuniones, escuchar quejas como ésta: “lo que está faltando hoy es profundidad, vida interior, más calma y más silencio”. Pero también se busca en todos los foros más comunión, más comunidad. ¿Cómo se conjuga todo ello? ¿Estaremos obligados a replantearnos la vida espiritual? Porque ¡cuántas críticas hemos oído (seguramente no siempre santas ni sensatas) sobre personas que cumplían con el coro y los actos comunes de oración, pero eran tal vez desabridas en sus relaciones humanas, intransigentes en sus criterios! Recuerdo un poster portugués que representaba un niño rezando las oraciones de la noche: «*Señor, te pido que los malos sean buenos y que los buenos sean simpáticos*».

¿Tan difícil será hoy para el “hombre interior” vivir equilibradamente la actividad externa? El precioso documento del Vaticano II sobre la vida de los presbíteros expresó lúcida-mente este problema (nº 14): el peligro de la *disipación* y la *ansiedad* de quien busca «*cómo reducir a unidad la vida interior con el tráfago de la acción externa*».

Estamos, sin duda, ante un problema central de la espiritualidad cristiana. Se trata de un desafío antiguo en un contexto nuevo: cómo lograr hoy esa *unidad de vida*, cómo ser una persona de Dios las veinticuatro horas del día. Si nuestra interioridad es hija del Amor que nos ha creado a su imagen y semejanza, ¿ese Amor no es difusivo, no se extiende y *se dilata*? ¿Y la relación fraterna, codo a codo con los demás, no se contagiará naturalmente, vitalmente? ¡La interioridad dilatada!

En el presente número de Unidad y Carismas, de hoy en adelante *online*, encontraremos más de una sugerencia que responda a una interioridad nueva.

Manuel Morales, o.s.a.

<sup>1</sup> Benedicto XVI, *La caridad en la verdad*, 76

<sup>2</sup> *Moradas* I, 1

<sup>3</sup> *La verdadera religión* 39,72

<sup>4</sup> *Confesiones* X, 8,15.

<sup>5</sup> *Cartas del diablo a su sobrino*, I. Ed. Espasa Calpe, Madrid 1981, páginas 27-30.

## “INTERIORIDAD DILATADA”

*Una expresión que puede parecer extraña, pero en realidad ofrece un amplio horizonte, acogiendo un desafío antiguo en un contexto nuevo: la “vida interior” como “vida espiritual”.*

*Es un asunto de gran actualidad, con consecuencias importantes en el terreno humano y cristiano. El hombre contemporáneo prefiere el aspecto exterior en detrimento del “hombre interior”, el mundo material antes que el trascendente, en una constante fuga de sí y del propio centro, hasta la mutación de su misma naturaleza, ligada a la “pérdida del silencio” como privación de interioridad e incapacidad de escucha. Esta pérdida es, probablemente, una de las causas decisivas de su actual extravío. ¿Cómo hace un ser humano, proyectado a vivir siempre “fuera de sí”, para descubrir su verdadero “yo”? Si no entra, si no vuelve a sus propias raíces, se encuentra continuamente comprometido.*

*¿Dónde y cómo encontrar una solución? ¿Cómo curar el virus de un individualismo envolvente y obstinado que presenta el riesgo de dejarnos encerrados en el cascarón, en una atrofia del yo, incapaces de abrirnos a una vida de relación, de dignidad y respeto recíproco, que envuelva a todos en un abrazo planetario? Es urgente volver a la vida interior y al encuentro con los demás de un modo universal y dialógico.*

G. Cicchese, o.m.i.

# Interioridad, oración y santidad

*Bruno Moriconi, o.c.d.*

*Excursus histórico-teológico sobre la “interioridad”. Nuevas dimensiones a la luz de la espiritualidad de comunión.*

**E**N nuestros datos autobiográfica comenzamos diciendo que hemos nacido tal día de tal año y en tal localidad. Esto es verdad desde el punto de vista de las observaciones externas: aquel día, aquella hora y en aquel determinado lugar nació un nuevo ser humano. El bosque se enriqueció con un nuevo árbol que, enraizado, comenzó a crecer y a desarrollarse hasta la edad que tiene ahora, acaso trasplantado de un vivero a un bosque y de un bosque a otro. Veinte años, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta, ochenta para los más robustos, como dice el salmo, pero que ahora ya son –siempre para los más robustos– incluso los noventa o los cien. Años y obras, enfermedades y sucesos, todo fácilmente reseñable.

Esto desde el punto de vista del registro civil, pero desde el punto de vista del misterio de la vida que sorprendió aun a nuestros padres, deberíamos decir que es Dios el que había nacido en nosotros o con nosotros. El «*hagamos al hombre a nuestra imagen y seme-*

*janza*» (Gn 1, 26) y el «soplo divino» (cf. Gn 2, 7) con el que la criatura humana vino a la luz, tan diferente de la vida vegetal o simplemente animal, están ahí para evidenciarlo. Si bien la mayor parte de los hombres parece no haberse dado cuenta, y siguen sin advertirlo, es un hecho objetivo que, como lo confirma la figura del “buen” ladrón, puede bastar un solo instante para tomar conciencia y aceptar la comunión con Dios.

Toma de conciencia subjetiva de la presencia objetiva que no depende de nosotros, pero que existe, antes de ser descubierta y que tanto sorprendió a Agustín que –después de haber buscado a Dios fuera– descubrió que estaba dentro de él. Más íntimo (“*interior*”) a él de cuanto Agustín podía estarlo a sí mismo. Aunque la imagen podría suponerlo, ni siquiera el “castillo” de Teresa de Ávila prevé un asalto desde el exterior, sino un camino de interiorización hacia la morada más secreta donde suceden cosas que sólo Dios y el alma pueden compren-

der. La «*interior bodega*» de san Juan de la Cruz, o mejor aún, dado que los místicos no pueden decir más de lo que ya se ha dicho en el Evangelio, la habitación más secreta de la casa donde ir a orar, cuando se quiere realmente hablar con el Padre y no simplemente alardear de devoción.

## La interioridad como “búsqueda” y “recogimiento”

El concepto de “interioridad” es uno de los más familiares y, según el diccionario, esta palabra indica la *parte interior* de algo, el *ser interior* y, al mismo tiempo, el conjunto de pensamientos, sentimientos e intereses que constituyen *la vida espiritual de un individuo*. Puede indicar, también, la *riqueza psicológica*, o la *profundidad íntima* que un artista, por ejemplo, expresa en sus obras. De hecho, hay quien manifiesta una *fuerte interioridad*, lo mismo que existen personas superficiales que pueden tenerse como *privadas de interioridad*.

Desde el punto de vista de los presupuestos antropológicos, entre el *introvertido* y el *extrovertido*, según Jung, sería el primero el más predispuesto a la interioridad, mientras que, entre el carácter *primario* (fácilmente desligado de su propio pasado) y el *secundario* (sensible a cualquier emoción que lo condiciona de manera duradera), sería este último, según Heymans, el más favorablemente predispuesto a la interioridad.

Massignon habla de condicionamientos lingüísticos en el proceso de la interioridad, llegando a la conclusión de que las lenguas indoeuropeas estarían abiertas para expresar conceptos exteriores y operativos, mientras que las semitas, articuladas sobre raíces de tres letras, disponiendo, por exigencia de sus transformaciones, de la posibilidad de cambiar de significado, serían naturalmente proclives a la pasividad y a la escucha. ¿Dependerá de esto que

la máxima expresión de la fe de Israel se exprese en el *Shemah*?

El ambiente y la cultura influyen seguramente favoreciendo más o menos la vida interior. Al menos en el mundo postindustrial, la falta de interioridad parece debida a la falta de espacios de silencio, pero la vida interior está fundamentalmente determinada por la “búsqueda” de sentido y, sea en circunstancias favorables como desfavorables, por el necesario “recogimiento”. Lo específico de la búsqueda cristiana en relación, por ejemplo, con el budismo, está en que en este último el recogimiento es el fin, mientras que para el cristianismo es el medio o el espacio para el encuentro personal con un Dios personal.

El ambiente y la cultura influyen seguramente favoreciendo más o menos la vida interior. Al menos en el mundo postindustrial, la falta de interioridad parece debida a la falta de espacios de silencio, pero la vida interior está fundamentalmente determinada por la “búsqueda” de sentido y, sea en circunstancias favorables como desfavorables, por el necesario “recogimiento”.

La búsqueda y el recogimiento implican *alejamiento* del mundo y *desapego* del cuerpo. Alejamiento del mundo, no como huída de la naturaleza, sino de la “mundanidad” o del estilo de vida mundano (cf. *Imitación de Cristo I*, 20, 4.8.23). *Desapego* del cuerpo, en cuanto renuncia a los placeres sensibles, a la libre imaginación y a los pensamientos vulgares. Todo en un sano equilibrio consistente en hacer que el cuerpo no se oponga a la vida interior, sino dejarlo que florezca en lo que corresponde a la dignidad y a la serenidad de la vida espiritual.

Para facilitar la oración, por ejemplo, Ig-

nacio de Loyola sugiere la posición más favorable al recogimiento y hasta al ritmo de la respiración. Si bien en la oración debe renunciarse al razonamiento (al llamado “pensamiento discursivo”), puesto que el ideal del recogimiento cristiano no es tanto lograr decir cosas a Dios, sino lograr estar más atentos a su presencia. En la oración, según Bérulle, es necesario mirar a Dios, no a nosotros mismos, y la oración, según santa Teresa, no es otra cosa que un “estar” a menudo en compañía de Aquel que sabemos nos ama.

### Métodos y experiencia

Hoy se sospecha de todo lo que sabe a “receta” y en la vida espiritual con mucha más razón que en otros campos, pues las “metodologías” podrían pretender, aun sin quererlo, el puesto y la iniciativa del mismo Espíritu Santo, del único que puede salir al encuentro de nuestra incapacidad para orar. El peligro consiste en confundir la oración –una relación personal con Dios– con la estrategia para recogerse, aunque las metodologías, sobre todo en los inicios, pueden tener cierto valor, con tal, naturalmente, que se sepa que se trata siempre de actividades previas a la oración. De hecho, podríamos decir que aprende a amar amando.

En la enseñanza de las lenguas, en lugar de tantas reglas con las que se llenaban cursos y cursos de estudio sin llevar al estudiante a poder decir dos frases correctas cuando era necesario, hoy se prefiere la *full inmersión* y la conversación desde el primer día. Así también en la oración. Se aprende practicándola, en el abandono a la escucha del misterio divino que parece lejano y que, en cambio, está en nuestro interior como en su “cielo”, pues el cielo, lo dice también santa Teresa, está donde Dios está.

¿Y en nuestro mundo superagitado, donde la calma no existe ni siquiera en los monasterios y hasta en las celebraciones litúrgicas pa-

rece haberse abolido el silencio? No hay que resignarse, sino hacer de la necesidad virtud y tomar en serio que así como el Hijo de Dios vino a nuestro mundo y se sentó a la mesa de los pecadores, así el cristiano debe saber encontrarlo en los entramados de su jornada (*¡devotio* “modernísima”!) y en cualquier estado de vida, como enseñaba ya san Francisco de Sales y lo confirmó Teresa de Lisieux. Chiara Lubich habla del “castillo exterior”, complementario del “interior” de Teresa de Ávila. A favor de la interioridad juega, por tanto, el ejercicio para saber cultivar el jardín secreto del alma y el espíritu de oración en toda circunstancia, si bien, para hablar con el Padre, siempre es necesario cerrar la puerta de la propia estancia secreta.

En la espiritualidad cristiana, el “vacío”, así como la “nada” y la “noche”, están “en función” de lo lleno, del Todo y del día. Un místico cristiano como Juan de la Cruz no busca el aniquilamiento, sino la demolición de barreras, hasta la última, para el encuentro con el Señor amado. La búsqueda es para llegar a Dios y, necesariamente, cuanto más nos acercamos a Dios, tanto más nos abrimos al mundo de los hombres. Dios es el interior, y san Agustín (*Confesiones* I, 2, 1-2) al término de su búsqueda, comprende que no existiría si no estuviese en Dios, es más, que no existiría si Dios no estuviera en él: «*Nada sería yo, Dios mío, si tú no estuvieses en mí; pero, ¿no sería mejor decir que yo no sería en modo alguno si no estuviese en ti?*».

### “Alto grado” de la vida cristiana

Si bien no todos pueden llegar a lo sublime de ciertas experiencias privilegiadas y ejemplares, la de la interioridad no es una experiencia de tipo aristocrático o de elite. Francisco de Sales, como hemos recordado antes, no ponía límites a la vida espiritual, llamada en su tiempo vida “devota”. El último Concilio, por otra parte, enseña que la



vocación a la santidad es para todos y, en la *Novo millennio ineunte*, sobre todo en los números 30 y 31, Juan Pablo II ha declarado que ésta debe ser la motivación de la nueva pastoral: «No dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad», afirmaba refiriéndose al año santo del 2000 apenas celebrado. «¿Acaso no era éste el sentido último de la indulgencia jubilar, como gracia especial ofrecida por Cristo para que la vida de cada bautizado pudiera purificarse y renovarse profundamente?» Y continuaba: «Espero que entre quienes han participado en el Jubileo, hayan sido muchos los beneficiados con esta gracia, plenamente conscientes de su carácter exigente. Terminado el Jubileo, empieza el nuevo camino ordinario, pero hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral».

E invitaba a descubrir todo el valor programático del capítulo quinto de la *Lumen Gentium*, sobre la vocación universal a la santidad: «Si los Padres conciliares concedieron tanto relieve a esta temática no fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante. Descubrir a la Iglesia como “misterio”, es decir, como pueblo “congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, llevaba a descubrir también su “santidad”, entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquel que por excelencia es el Santo, el “tres veces santo” (cf. Is 6, 3). Confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de Esposa de Cris-

En la espiritualidad cristiana, el “vacío”, así como la “nada” y la “noche”, están “en función” de lo lleno, del Todo y del día. Un místico cristiano como Juan de la Cruz no busca el aniquilamiento, sino la demolición de barreras, hasta la última, para el encuentro con el Señor amado.

to, por la cual él se entregó, precisamente para santificarla (cf. Ef 5, 25-26). Este don de santidad, por así decir, objetivo, se da a cada bautizado».

«Es el momento –parece casi gritar más adelante– de proponer de nuevo a todos con convicción este “alto grado” de la vida cristiana ordinaria”, aunque los caminos “son personales y exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona».

## La interioridad es para el encuentro

La interioridad está orientada al encuentro o a la oración que es el acto más sublime que puede realizarse. «Cuando un hombre reza cumple el acto más alto para el que ha venido al mundo, porque su pensamiento se une al Logos», ha escrito V. Mancuso en su libro *El alma y su destino*. «Posiblemente, todo el sentido de la religión consista en hacer a los hombres capaces de rezar». La interioridad es una “actitud” mariana, pues María santísima fue llamada bienaventurada, precisamente porque creyó en su interior y siguió creyendo, viviendo interiormente el esfuerzo de la fe, como el magisterio reciente ha tenido el coraje de decirlo, bajo la enseñanza de Teresa de Lisieux.

«Marcharé contigo continuamente, de ahora en adelante, y así te impediré que me abandones», escribe en el Diario con profundo sentimiento “místico” E. Hillesum, al final de su célebre *Plegaria del Domingo*. «Tener oración», afirma Teresa de Ávila, quiere decir estar a menudo en compañía de Aquel que nos ama. «Creo porque oro», responde decididamente K. Rahner a quien le objetaba que ciertas verdades de fe no eran racionalmente compatibles.

Interioridad y fe, para un cristiano, coinciden y se cultivan reviviendo en lo secreto del corazón el amor que Dios ha manifestado en el don del Hijo para bien de toda la humanidad y en querer caminar con Él para amar mejor a los hermanos.

## Jesús en medio de nosotros: la «interioridad dilatada» según Chiara Lubich

*Florence Gillet*

*De qué modo el carisma de la unidad “resuelve” una paradoja cristiana: la dinámica interior-exterior. Una propuesta original: interioridad y amor fraterno en una relación de reciprocidad. Elementos esenciales de la experiencia y del pensamiento de la fundadora del Movimiento de los Focolares.*

**S**I quisiéramos sintetizar en una palabra la espiritualidad de Chiara Lubich, esa palabra sería “unidad”. Ella misma lo afirmó muchas veces.

El descubrimiento de la oración “sacerdotal” de Cristo, de su petición al Padre: «*que todos sean una sola cosa*» (cf. *Jn 17, 21*) dio el impulso a su misión, su sentido, le dictó la arquitectura de su obra: para Chiara la unidad es la suprema voluntad de Jesús, la síntesis de todos sus deseos. Si Jesús oró así al Padre, ¿hay tal vez algo más grande que colaborar con Él para que su petición se realice? Estas palabras constituyen la *carta magna* del Movimiento de los Focolares desde sus inicios.

Pero podemos decir igualmente que la espiritualidad de Chiara está en el binomio unidad y Jesús Abandonado, o mejor, Jesús

Abandonado y unidad. Su espiritualidad está centrada pues en el misterio pascual.

Tampoco sería equivocado afirmar que la palabra-síntesis de su espiritualidad (de lo que Chiara Lubich llama “el Ideal”) es “Jesús”, Jesucristo. Ella misma, que gusta siempre de la síntesis, de los atajos conceptuales, dice: «*El Ideal es Jesús*». Significa ser Jesús, revivirlo, ser y orar en Él. Es hacer nuestras y traducir en vida sus dos peticiones: «*Padre, que todos sean uno*» y «*Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado*» (cf. *Mt 15, 34*): una mira al destino de toda la humanidad, la otra pregunta por el sentido del hombre que sufre. Es una espiritualidad verdaderamente cristocéntrica.

Ahora bien, Jesús es una persona única, la segunda persona de la Trinidad, el Verbo encarnado, sentado a la derecha del Padre

en la gloria, pero es también, después de su encarnación-muerte-resurrección, una persona “colectiva”, que vive en un Cuerpo: la Iglesia. Y esta segunda dimensión ha sido captada por Chiara de un modo totalmente particular. ¿Cómo?

## La presencia de “Jesús en medio”

Ante todo es necesario volver al episodio originario. A los 19 años Chiara participa en un congreso de Acción Católica en Loreto, donde una “iglesia-fortaleza” guarda una casita que, según una tradición, sería la casa de Nazaret. Chiara se retira con frecuencia a esta “casita” y allí sucede algo imprevisto: se ve envuelta por una presencia de lo divino tan fuerte que se siente literalmente como “aplastada”, como diría ella misma.

Lágrimas de conmoción se deslizan sin control por su rostro. Durante toda la estancia en Loreto, se siente misteriosamente atraída por aquellos cuatro muros como por un imán. Más tarde verá en esto un signo precursor de la vida de esas pequeñas comunidades que son los “focolares”. Pero así como en el relato pone el acento en la *realidad* de la presencia de Jesús, también puede interpretarse este episodio como una intuición especialmente fuerte, una toma de conciencia *de la presencia realmente operante del Resucitado entre los hombres*.

Cuando Chiara se conmueve, imaginando a Jesús niño en la casa de Loreto, con María y José, no es que piense tanto en la vida oculta de Nazaret, cuanto en el hecho de que él esté *en medio* de criaturas humanas, percibiendo la presencia del Resucitado en el mundo, y tal presencia la desconcierta, pues la presencia de Dios siempre turba y desconcierta a quien la advierte.

En Loreto el Espíritu puso en Chiara una semilla destinada a crecer, un don de fe: la certeza de que el Resucitado está presente

en el mundo, entre los hombres. Es un auténtico carisma que la coloca plenamente en el surco de la Iglesia primitiva, cuyo *kerygma*, o sea, anuncio, consistía en proclamar que Jesús ha resucitado y está vivo. «*Dios constituyó Señor y Mesías (aquí quiere decir ‘resucitado’) al mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis*» (cf. *Hch 2, 36*).

Como una persona que ve lo invisible (cf. *Heb 11, 37*), Chiara se comprometió durante toda su existencia a expresar y traducir en vida la certeza de que Él está vivo, que está entre nosotros. A esta presencia de Jesús resucitado en la historia de los hombres y en medio de ellos tienden todas las demás presencias de Jesús en la Iglesia (en la Palabra, en la Eucaristía, en el ministerio del orden, en el hermano, dentro de nuestra interioridad...) y en ella tienen su origen.

Cuando en los años cuarenta, descubre en el evangelio de Mateo la frase: «*Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (18, 20), Chiara atribuye a este pasaje un sentido pleno, sin reducirlo a la liturgia o a la oración comunitaria. Su último testamento será: «*¡Os dejo a este Jesús!... Este es el Jesús que debía volver*»<sup>1</sup>.

## El “castillo exterior”

Este don del Espíritu Santo no ha distanciado a Chiara de mirar a los santos y de tomarlos como modelos. Todo lo contrario. Desde el inicio camina en compañía de san Francisco y de santa Clara (era terciaria franciscana), de Catalina de Siena (era italiana), santos para los cuales la interioridad era algo personal. Su encuentro con santa Teresa de Ávila tiene un valor un tanto especial y merece una mención aparte.

¿Cómo? Siendo el camino que el Espíritu Santo indica a Chiara nuevo y particular, no faltaron críticas y hasta persecuciones, ya en los primeros años del Movimiento.

miento. Incluso por parte de hombres de Iglesia. Por eso cuando en 1961, leyendo una obra de santa Teresa, Chiara descubre, en cuanto a los efectos, un camino de santidad semejante al suyo, siente un gran alivio, una gran alegría. Fue una confirmación maravillosa de que también el suyo era un camino de santidad.

Seguidamente, conociendo lo que Teresa llama el “castillo interior”, en cuya última morada se llega a la unión transformante porque allí reside “Su Majestad”, Chiara retoma la analogía del castillo para expresar el elemento más característico de su propia espiritualidad: el castillo en el que podemos encontrar a Dios no está solamente *en* nosotros, sino también *entre* nosotros, hermanos y hermanas unidos en el nombre de Jesús. La presencia de Dios no está, pues, únicamente en el “castillo interior”, como para Teresa, sino también en el “castillo exterior”, complementario de aquel interior. “Su Majestad”, centro de nuestro “castillo exterior”, es Jesús presente “en medio” de nosotros.

Por todos estos motivos, el año 2002, en visita a Ávila, quiso dejar escrito su reconocimiento a Teresa en el Libro de Oro de huéspedes:

*«Gracias, santa Teresa,  
por todo cuanto has hecho por nosotros  
durante nuestra historia.  
¡Gracias!  
Pero el gracias más hermoso  
te lo diremos en el Paraíso.  
Sigue velando sobre todos nosotros,  
sobre nuestro ‘castillo exterior’  
que el Esposo ha suscitado sobre la tierra  
como complemento de tu ‘castillo interior’  
para hacer a la Iglesia bella como la deseaste».*

Hay, pues, una “interioridad” que tiene cabida también en el “castillo exterior”. Y ahí debemos buscar a “Su Majestad”, si queremos llegar a la unión con Dios.

## Vivir entre “dos fuegos”

Juan Pablo II solía utilizar la metáfora de los “dos pulmones” para hablar de la Iglesia de Occidente, que sólo respira plenamente si se abre al Oriente y viceversa. Tomamos la analogía aplicándola a nuestra vida cristiana: ésta debe respirar a pleno pulmón, con sus dos pulmones, es decir, con Cristo en nosotros y con Cristo en medio de nosotros. Debemos caminar, dice Chiara, con las “dos piernas”, vivir entre “dos fuegos”: igual que advierto la presencia de Dios dentro de mí, así debo aprender a abrirme y a buscarla fuera de mí. Así como Dios me es íntimo, del mismo modo es íntimo al “yo” que es el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, la humanidad. Chiara habla también de galerías, considerando el Cuerpo místico como una red de galerías que permanecen en la oscuridad hasta que Jesús no vive en la relación entre las personas. Lo cual ella lo siente como una carencia en la Iglesia actual:

*«La Comunión de los Santos, el Cuerpo místico existe. Pero este Cuerpo es como una red de galerías oscuras.*

*La potencia para iluminarlas existe: en muchos es la vida de la gracia. Pero Jesús no quería únicamente esto cuando se dirigió al Padre invocándolo. Quería un Cielo en la tierra: la unidad de todos con Dios y entre ellos; la red de galerías iluminada; la presencia de Jesús en cada relación con los demás, además de en el alma de cada uno”<sup>2</sup>.*

¡Jesús en medio de nosotros! No es un sacramento como el bautismo, la Eucaristía o, en sentido más amplio, el hermano. Es “el” sacramento original (el *Ur sacrament*) del que se derivan todos los demás. Vivir por Jesús en medio significa creer en el Resucitado, expresar nuestra fe que Jesús resucita en un Cuerpo que es la Iglesia. Dejemos aún hablar a Chiara:

*«Si estamos unidos, Jesús está entre nosotros.*

*Y esto vale. Vale más que cualquier tesoro que pueda poseer nuestro corazón: más que la madre, que el padre, que los hermanos, que los hijos.*

*Vale más que la casa, que el trabajo, que la propiedad; más que las obras de arte de una gran ciudad como Roma, más que nuestras ocupaciones, más que la naturaleza que nos rodea con las flores y los prados, el mar y las estrellas; más que nuestra alma.*

*Él es quien, inspirando a sus santos con sus eternas verdades, hizo época en toda época.*

*También ésta es su hora: no la de un santo, sino la de él, de él entre nosotros, de él viviente en nosotros, que construimos —en unidad de amor— su Cuerpo místico»<sup>3</sup>.*

## Una interioridad potenciada

Pero la dimensión de interioridad no es minusvalorada; más aún, diría que resulta potenciada. Cristo ya ha realizado la unidad de todos los hombres: con su muerte ha atraído a todos hacia sí (cf. *Jn* 12, 32); con su resurrección es el centro hacia el cual convergen el universo y la historia de los hombres. Para ofrecer nuestra aportación a la unidad, explica Chiara, es necesario revivir a Cristo, ser otro Cristo.

Nuestra parte consistirá ante todo en permanecer en él, para que su voluntad sea la nuestra. Se trata, pues, de “vivir dentro”. Este “resorte espiritual” que atrae nuestra alma a lo más profundo es absolutamente necesario:

*«Queremos convertirnos, Señor. Hasta ahora hemos vivido “fuera”; de ahora en adelante debemos vivir “dentro”, como María.*

*Porque también el vivir “fuera”, proyectados en el prójimo o en las obras —aun siendo por amor a Dios— si no es corregido por una fuerza espiritual que atrae continuamente el alma hacia lo profundo de su ser, puede ser motivo de divagaciones, de muchas conversaciones inútiles, de «cosas santas» dadas a los “perros”.*

*Vivir “dentro”, crecer en el interior, despen-*

*derse de todo, no para permanecer suspendidos entre Cielo y tierra, sino “arraigados” en el Cielo, fijos en el corazón de Cristo a través del Corazón de María, en una morada trinitaria, preludeo de la vida eterna»<sup>4</sup>.*

De hecho, el peligro de una espiritualidad, en la cual estamos continuamente proyectados hacia los demás, es el de perder de vista la raíz que nos anima y confundir los dones de Dios, es decir, la plenitud que probamos cuando amamos y trabajamos por él, con Dios mismo. Hay que estar desprendidos de todo, “enraizados en el Cielo”, como “en una morada trinitaria”, incluso en medio de nuestras ocupaciones. «*Vivir ‘dentro’ levantados en cruz por nuestras manos*»<sup>5</sup>.

Viviendo la voluntad de Dios nos alzamos en una cruz que es al mismo tiempo cruz y gozo. La voluntad de Dios puede cambiar continuamente y, en ese cambio, que es desasimiento, llegamos a poseer a Dios solo. Chiara dice que debemos desear este desasimiento para que Dios pueda resplandecer:

*«Deseosos... de dejar la Obra que habíamos construido y pasarla a otras manos para que la continúen, o prontos a verla morir momentáneamente, como el grano de trigo, para que florezca multiplicada»<sup>6</sup>.*

He aquí el “atractivo” de su vida, que ella atribuye al “tiempo moderno”:

*«Penetrar en la más alta contemplación y permanecer mezclados con todos, hombre entre los hombres»<sup>7</sup>.*

## Un amor verdadero

Hay que mantener un equilibrio entre oración y vida proyectada hacia los demás:

*«Si uno, por impaciencia, descuida la presencia de Dios dentro de su alma, su vida, aunque parezca caridad fraterna, es una caridad frívola, voluble, superficial y peligrosa, porque no se asienta sobre la roca: luego no es caridad. Esta alma parece una peonza. Lo mismo que una per-*

sona agarrotada en sí misma, sin amor, está muerta»<sup>8</sup>.

Desasidos de todo, Cristo vive en nosotros y él es quien hace la unidad. Entonces no dudaremos en ir al hermano “que tiene algo contra nosotros” antes de presentarnos ante el altar, como Jesús ha mandado: «Por tanto, si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda» (Mt 5, 23-24). La iniciativa de la reconciliación, como subraya esta frase del evangelio de Mateo, no depende de mis ofensas al hermano, sino de que me doy cuenta que la unidad ha venido a menos. Querer la unidad implica no quedarse calculando de quién o de dónde procede el error o la culpa.

Viviendo “dentro” tendremos el coraje del pacto del amor recíproco, de declararnos el uno al otro el estar prontos a amarnos como Jesús nos ha amado. Tendremos también el coraje de estrechar un pacto recíproco de misericordia. De hecho, la vida de unidad puede conocer paradas y no es raro que una paja en el ojo del hermano nos parezca una viga, algo que generalmente es recíproco. Para que Jesús pueda seguir viviendo en nosotros, Chiara nos invita a reconocer humildemente nuestras incapacidades, a pedirnos perdón y a declararnos mutuamente el deseo de reconocernos nuevos como si nunca nos hubiésemos conocido, para que nuestras relaciones estén iluminadas por la presencia de Cristo que estará de nuevo en medio de nosotros.

Viviendo así, ofrecemos «al prójimo sólo la linfa que mana del Cielo dentro de nosotros, para servirlo de verdad y no escandalizarlo con nuestra escasa santidad»<sup>9</sup>. Bien enraizados en esta actitud, comunicaremos también a nuestros hermanos, con la prudencia necesaria, las maravillas que Dios realiza en nosotros:

«Vivir ‘dentro’... para que Cristo continúe a través de nosotros la obra de reunificación en un mundo carnavalesco que sufre, que espera, que desea olvidar, que teme, que causa tristeza a nuestro corazón hoy, como las multitudes, ayer, a Jesús.

*Vivir ‘dentro’ para arrastrar al mundo, que vive solo ‘fuera’, a los abismos de los misterios del espíritu, donde uno se eleva y descansa, encuentra alivio y se fortalece, se sosiega para volver a la tierra a continuar la batalla cristiana hasta la muerte»<sup>10</sup>.*

Para Chiara el juego inseparable de lo individual y de lo colectivo no crea tensiones: en Cristo es todo uno. La Unidad, bien comprendida, nace de la ascesis sumariamente descrita (dejar vivir en nosotros a Cristo, su palabra) y es una comprobación existencial de la verdad del cristianismo. Jesús ha unido inseparablemente el don de la alegría a la vida de unidad (cf. Jn 17, 13) y nada expresa mejor la plena realización de la persona como la alegría. La vida de unidad comporta una dinámica pascual que lleva a quien la vive a una nueva dimensión de resurrección, de gozo pleno. En la unidad vivida en Jesús, el individuo y la comunidad se hallan en relación armoniosa porque cada uno da lo mejor de sí, a Cristo. No existe dicotomía alguna entre vida religiosa y vida fraterna: se trata de un principio unificador que se manifiesta en la vida de cada uno.

<sup>1</sup> C. Lubich, Inédito, 15 octubre 2002.

<sup>2</sup> Id., *Las Palabras de un Padre*, en *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, p. 148.

<sup>3</sup> Id., *Si estamos unidos, Jesús está entre nosotros*, en *o. cit.*, p. 151.

<sup>4</sup> Id., *Vivir dentro*, en *o. cit.*, p. 106.

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> Id., Inédito, 8 septiembre 1970.

<sup>7</sup> Id., *Hombre entre los hombres*, en *o. cit.*, p. 229.

<sup>8</sup> Id., *Equilibrio divino*, en *o. cit.*, p. 178.

<sup>9</sup> Id., *Vivir dentro*, en *o. cit.*, p. 107.

<sup>10</sup> *Ibid.*

# El camino de la «interioridad dilatada»

*Amedeo Ferrari, o.f.m.conv.*

*La unidad y Jesús Abandonado son los dos vértices de la espiritualidad cristiana que abarcan todo el proyecto de Dios y el camino para realizarlo hoy en este mundo y en la historia.*

**U**NO de los signos de los tiempos en el ámbito de la espiritualidad, como también de la teología, y que marca un viraje en la experiencia espiritual de los creyentes, es la exigencia de la experiencia mística como participación de la vida trinitaria. Hace ya años que K. Rahner escribió que el cristiano del mañana «o será un místico o no será cristiano»<sup>1</sup>. Y la experiencia mística, según él, ya no será la vivida por cada creyente en particular ni la de un grupo de místicos individualistas, sino la realizada por una comunidad de creyentes que, porque viven la espiritualidad de comunión, gozan de la presencia del Resucitado entre ellos<sup>2</sup>.

Hay teólogos de otras Iglesias que también confirman esta línea. El evangélico Jüngel, por ejemplo, subraya que las Iglesias han de ser capaces de dar una respuesta adecuada a esta exigencia de espiritualidad comunitaria mediante la mística: «No una mística de ojos cerrados, sino una mística que ve

y sabe ver con los ojos abiertos. No sólo una mística de la interioridad, sino una mística en la que al movimiento hacia el interior de uno mismo le corresponde el ir fuera de sí»<sup>3</sup>.

La mística de la que Chiara Lubich es testigo camina decididamente en esta dirección: una mística que no es sino la experiencia de vida en Jesús y con Jesús, crucificado y resucitado, pero compartida con los hermanos y hermanas de la comunidad cristiana con los cuales, por la reciprocidad del amor que circula entre todos, se crea la premisa capaz de merecer la presencia de Jesús (cf. Mt 18, 20). Esta mística trinitaria puede ser verdaderamente la respuesta del Espíritu hoy a la exigencia de mística comunitaria en la Iglesia y en la humanidad.

La mística trinitaria que nace del carisma de la unidad se apoya en dos pilares que caracterizan dicha espiritualidad: la unidad y Jesús Abandonado. Ya en 1948, Chiara escribía: «El libro de luz que el Señor va escribiendo en mi alma tiene dos aspectos: una página ilumi-

*nante de misterioso amor: Unidad, y una página luminosa de misterioso dolor: Jesús abandonado. Son los dos aspectos de una única medalla»* <sup>4</sup>.

A partir de estos dos vértices para definir la espiritualidad de la unidad, Chiara no sabía que realizaba «un descubrimiento inédito, (que aportaba) una novedad absoluta en la espiritualidad cristiana», como también al poner de manifiesto el vínculo indisoluble de reciprocidad, como causa y efecto, entre la unidad pedida por Jesús al Padre y el misterio de Jesús Abandonado <sup>5</sup>. Este hecho llevó a escribir a J. Castellano, experto en Teología Espiritual: «La unidad y Jesús abandonado contienen todas las grandes líneas de la espiritualidad evangélica, las iluminan y son capaces de situarlas en la armonía del designio de Dios» <sup>6</sup>.

El teólogo P. Coda no duda en reconocer en el carisma de la unidad el testimonio de «un cambio de paradigma en la historia de la espiritualidad cristiana –del primado del individuo al equilibrio entre persona y comunión–, conforme a las expectativas del Concilio y a las instancias que los signos de los tiempos plantean» <sup>7</sup>.

La intuición carismática de Chiara fue confirmada más tarde por las palabras de Juan Pablo II, dirigidas a un grupo de obispos adherentes al Movimiento de los Focolares, reunidos para profundizar el tema *El crucificado y abandonado raíz de la Iglesia comunión*. «Os animo –dice el Papa– a dejaros guiar por las indicaciones que he escrito en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*. En ella invito a todo el pueblo cristiano a fijar la mirada en el rostro de Cristo crucificado y resucitado y a profundizar el misterio de dolor y de amor del cual nace y se renueva constatemente la Iglesia-comunión como imagen viva de la Santísima Trinidad» <sup>8</sup>.

### Jesús Abandonado camino para la unidad con Dios

Cuando el Espíritu manda un don carismático como respuesta a los desafíos de

una época, en la esencia del don se oculta el secreto para vivirlo. Cuando el Espíritu dice a Francisco de Asís: «*¡Ve y repara mi Iglesia, que, como ves, está toda ella en ruinas!*» (FF 1038), viviendo el Evangelio en la «*forma de vida y el modo de santa unidad y altísima pobreza*» (FF 2749), ciertamente inspiró a Francisco para encontrar el camino a fin de encarnar el carisma y hallar el secreto para vivirlo y darlo a la Iglesia. Para Chiara Lubich, en el misterio de Jesús crucificado y abandonado, se encierra no sólo el secreto para realizar la unidad que Jesús pidió al Padre, sino también para experimentar la unión con Dios; y, al mismo tiempo, el modelo de cómo amar a los hermanos hasta experimentar la presencia de Jesús, y, por tanto, el camino para llegar a vivir la mística trinitaria, de construir el “castillo exterior” viviendo las relaciones con las demás células del Cuerpo místico hasta hacerse santos juntos en la unidad, como requiere el carisma de la unidad.

### Vértice del Amor

Entre los varios aspectos del misterio de Jesús crucificado, Chiara no se detiene en las llagas exteriores, el sudor de sangre, los dolores físicos, psicológicos o morales vividos por Jesús en la cruz, sino más bien en el dolor del alma del hombre-Dios cuando grita: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» (Mc 15, 34). ¿Qué abismo de amor encierra ese grito de dolor en la relación con el Padre y con el Espíritu Santo?

Más allá de esa llaga interior, totalmente espiritual, Chiara ya no halla el dolor, sino a «*Dios de un modo nuevo, más cara a cara, más abierto, en una unidad más plena*» <sup>9</sup>. «*Efectivamente, quien entra en su infinito dolor, como por encanto todo lo encuentra trocado en Amor*» <sup>10</sup>. «*Él había enseñado que nadie tiene mayor caridad que aquel que da la vida por sus amigos. Él, la Vida, se daba totalmente a sí mismo. Era el*



*punto culminante, la más bella expresión del amor. ¡Amaba como Dios! Con un amor tan grande como Dios»*<sup>11</sup>.

Precisamente porque es todo y sólo amor, Jesús, en el abandono, aparece en la máxima expresión de sí, en el momento culminante de su ser Hijo de Dios encarnado, como la Palabra definitiva del Padre, la «Palabra plenamente manifestada»<sup>12</sup>, vértice de la revelación, síntesis del Evangelio. Si bien es posible profundizarlo, intuimos que el descubrimiento de la dinámica amor-dolor en el abandono de Jesús abre a un nuevo enfoque espiritual y teológico de la realidad de Dios a su ser Amor uni-trinitario.

## Jesús abandonado como único Esposo

Haber encontrado en Jesús Abandonado el Dios-Amor fue como percibir una elección, una llamada a escogerlo como único todo de la vida. De modo que la elección de Dios Amor que había caracterizado el comienzo de esta experiencia, ahora se concretizaba: «Elegir a Dios, para nosotros, significaba elegir a Jesús abandonado»<sup>13</sup>. «No queríamos conocer más que a Él. El Espíritu repetía en nosotros: ‘No conozco más que a Cristo, y a éste crucificado’. El amor hacia Él era exclusivo: no permitía componendas»<sup>14</sup>.

El deseo, cada vez más intenso, de compartir su dolor llevó gradualmente a Chiara y a sus compañeras a descubrir todos los matices del amor sobrenatural que se establece entre el alma y Dios, hasta llegar a amar a Jesús abandonado por sí mismo en todas sus manifestaciones: en los dolores personales, en los demás, en las circunstancias, en la Iglesia, en la humanidad. Jesús Abandonado se convierte en “el Amado” con el cual se establece una verdadera relación de amor cada vez más profunda y más íntima, exclusiva, hasta “hacerle fiesta”, y amarlo “siempre, enseguida y con alegría”

cada vez que se presenta, porque “es el Esposo” esperado. El vértice de este camino místico se expresa en la conocida meditación escrita a finales de 1949, que contiene la quintaesencia de la espiritualidad de la unidad: «Tengo un solo esposo en la tierra: Jesús crucificado y Abandonado. No tengo otro Dios fuera de Él. En Él está todo el paraíso con la Trinidad y toda la tierra con la humanidad»<sup>15</sup>.

## Camino para la unión transformante

Y, puesto que Dios no se deja ganar en generosidad, lleva a experimentar el fruto de la identificación con Jesús Abandonado, “una alquimia divina” que permite participar en la transformación del dolor en amor que Jesús vivió sobre la cruz y con la resurrección. De hecho –escribe Chiara–, «nuestro amor puro, al contacto con el dolor, lo transformaba en amor; en cierto modo lo divinizaba, casi proseguía en nosotros –por así decir– la divinización que Jesús hizo del dolor»<sup>16</sup>.

*«Nosotros, en cambio, somos polo negativo y polo positivo entre hermanos... El contacto de ambos da la Luz de Jesús entre ellos y por tanto en ambos. Nosotros llevamos realmente el Reino de Dios a la tierra. En efecto, Dios está entre nosotros y, a través de nosotros, esta corriente de amor (que es la corriente del Amor trinitario) pasa por el mundo en todos los miembros del Cuerpo Místico, iluminándolo todo»*

Chiara experimenta el fruto de haber pasado más allá de la llaga, donde se encuentra inmersa en la luz y en el Amor, donde se halla identificada con Aquel al que ama: «Jesús abandonado abrazado, estrechado, querido como único todo exclusivo, consumado en uno

con nosotros, consumados en uno con Él, hechos dolor con Él Dolor: esto es todo. Así es como llegamos a ser (por participación) Dios, el Amor»<sup>17</sup>.

Jesús crucificado y abandonado, que se abandona al Padre dando su Espíritu, permite experimentar, al abrazarlo, los dones del Espíritu y una nueva relación con el Espíritu Santo. Es el Amor trinitario que, desde el corazón de Jesús crucificado, se vierte sobre la Iglesia, para que en ella esté el mismo amor que reina en la Trinidad.

### Jesús Abandonado, camino para la unidad con los hermanos

Que Jesús crucificado pudiera llevar a la unión con Dios mediante su anonadamiento ya era conocido en la espiritualidad, particularmente desarrollado por san Juan de la Cruz. «En efecto —comenta Chiara—, él, con su noche oscura, fue el polo negativo que, unido a Dios, polo positivo, hizo brillar o brotar la Luz en él»<sup>18</sup>.

Pero la novedad de Chiara es haber encontrado en Jesús Abandonado la posibilidad de vivir la unidad con los hermanos para tener la Trinidad entre nosotros: «Nosotros, en cambio, somos polo negativo y polo positivo entre hermanos... El contacto de ambos da la Luz de Jesús entre ellos y por tanto en ambos. Nosotros llevamos realmente el Reino de Dios a la tierra. En efecto, Dios está entre nosotros y, a través de nosotros, esta corriente de amor (que es la corriente del Amor trinitario) pasa por el mundo a través de todos los miembros del Cuerpo Místico, iluminándolo todo»<sup>19</sup>.

Ahora quisiera destacar algunos pasos del camino que lleva a la experiencia de la interioridad dilatada, marcados por el amor a Jesús Abandonado.

### Hacerse uno

Para quien vive la espiritualidad de la unidad, centrada en el paso a través del her-

mano para encontrar a Dios, es necesario vivir el amor a Jesús Abandonado. De hecho, Él, que era Dios, el Verbo del Padre, supo vaciarse de sí mismo (cf. *Flp* 2, 7) para hacerse hombre entre los hombres: «Se hizo nosotros, gusano de la tierra, para hacernos a nosotros Él: Hijos de Dios»<sup>20</sup>.

Por eso es el modelo de “hacerse uno” con el hermano, con cada prójimo; de hacerse pobre de espíritu para acoger a los otros. Efectivamente, vivir el otro requiere un despojamiento interior y un hacerse “nada”, perderlo todo, incluso la propia alma, incluso la experiencia de Dios. Hasta perder a “Dios por Dios”, en la oración o en las inspiraciones para estar vacíos, para hacerse todo a todos, como dice san Pablo. Además, Jesús Abandonado es camino para la unidad porque permite recomponerla cada vez que se requebraja. Por un acto de soberbia, de orgullo o de egoísmo, por un juicio, puede eclipsarse la luz de “Jesús en medio”. Entonces, reconocer en la desunión un rostro de Jesús Abandonado permite empezar a amar de nuevo, quizá pedir perdón y restablecer la unidad.

### Perfectos en la unidad

Poniendo en práctica «Amamos como yo os he amado» (cf. *Jn* 13, 34), Chiara experimenta un “algo más” de la caridad, la perfección del amor en la reciprocidad. Se experimenta lo que declara Juan: «Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor es perfecto en nosotros» (*1Jn* 4, 12). Este experimentar a Dios-Amor en la reciprocidad es una de las novedades ofrecidas a la espiritualidad en el camino para encontrar a Dios. Al hermano o a la hermana no se llega ya como a objeto terminal de la caridad, sino que se le busca desde el comienzo para poder ir juntos, en la reciprocidad, hacia Dios y hacer juntos la experiencia de Dios-

### Unidad y Carismas

Amor-Trinidad. Si estamos unidos en su amor, está asegurada la presencia de Jesús: «... Allí estoy yo presente» (cf. Mt 18, 20): «En la unidad con el Resucitado en medio de nosotros, somos perfectos y, por tanto, santos»<sup>21</sup>.

Ahora bien, ¿para los creyentes cómo es posible llegar a esta perfección del amor? Sólo si es Jesús en mí el que ama y si está Jesús en el hermano es posible ser perfectos en la unidad: «Pero... para que Jesús estuviera en nosotros, teníamos que amar a Jesús Abandonado en todos los dolores, vacíos, fracasos y tristezas de la vida. Esta unión nos llenaba de Dios, de modo que, al encontrarnos, nos reconocíamos el uno en el otro, porque era Dios en mí, Dios en el otro y Dios en todos. Y sólo entonces nos sentíamos hermanos»<sup>22</sup>. Con Jesús Abandonado la vida de la Trinidad ya no se vive sólo en la interioridad de cada alma, sino que circula libremente entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo<sup>23</sup>.

## Jesús Abandonado y las noches

Con el amor a Jesús Abandonado como secreto de la unidad con los hermanos, y no sin una luz particular del Espíritu, el carisma de Chiara no sólo arroja una luz nueva sobre las vías clásicas de la vida espiritual, como también sobre la ascética, las pruebas y las noches antes de llegar a la unión transformante, sino que abre nuevos horizontes en la mística, y consiguientemente en la ascética, con la experiencia de otras noches hasta ahora desconocidas, como la noche de Dios y la noche colectiva: «San Juan de la Cruz habla de noche oscura de los sentidos y del espíritu, que precede a la iluminación. Nosotros, para realizar nuestro Ideal de la Unidad (para recomponernos en Cuerpo Místico, prestándonos como sus miembros a Él en unidad), pedimos más: la noche oscura de Dios. Es Jesús abandonado, donde la Luz se hizo tiniebla y el Amor de-sunidad. Esto porque a nosotros no nos basta la

santidad del individuo, sino la santificación de Jesús entre nosotros, de Jesús-nosotros. Para injertarnos, pues, el uno en el otro, como las personas en la Trinidad, incluso debemos perder a Dios en el hermano. Igual que Jesús abandonado, que perdió a Dios en el hermano»<sup>24</sup>.

## Jesús abandonado, camino para la participación de la vida trinitaria

La experiencia del amor trinitario vivido en las relaciones interpersonales dentro de una comunidad, por la presencia de Jesús, nos permite hablar de “mística comunitaria o trinitaria”. Y Chiara no duda en llamarla “nuestra mística”. «Nuestra mística –escribe– supone al menos dos almas hechas Dios, entre las cuales circula verdaderamente el Espíritu Santo..., es decir, un tercero. Dios que los consume en Uno. En un solo Dios: ‘Como yo y Tú’, dice Jesús al Padre... Y Jesús está donde dos o más: por tanto, la mística de aquellos que se aman mutuamente como Él nos ha amado; de una unidad de almas que refleja, estando en la tierra, la Trinidad de allá arriba»<sup>25</sup>.

*«Pero... para que Jesús estuviera en nosotros, teníamos que amar a Jesús Abandonado en todos los dolores, vacíos, fracasos y tristezas de la vida. Esta unión nos llenaba de Dios, de modo que, al encontrarnos, nos reconocíamos el uno en el otro, porque era Dios en mí, Dios en el otro y Dios en todos. Y sólo entonces nos sentíamos hermanos».*

Viviendo esta mística trinitaria en una célula de Iglesia, se supera el umbral de la imposibilidad de penetrar el misterio trinitario, ante a la cual san Agustín mismo llegó a confesar: «Quisiéramos elevarnos a la contemplación de la suprema Trinidad que es Dios, pero no somos capaces»<sup>26</sup>. Chiara Lubich, habiendo hallado

en Jesús Abandonado el paso para participar en la vida trinitaria, puede afirmar: «Nuestro ser uno era tal que nos hacía no sólo imagen de la Trinidad, no sólo estar unidas a Ella, sino que nos hacía ser, por participación, Trinidad»<sup>27</sup>.

De hecho, Jesús Abandonado había revelado a Chiara «el Ser de la Trinidad como Amor»<sup>28</sup>. «Y porque es Amor, Dios es Uno y Triuno a la vez: Padre, Hijo y Espíritu Santo»<sup>29</sup>. «Son tres las Personas de la Santísima Trinidad, y, sin embargo, son Uno porque el Amor no es y es al mismo tiempo... A la luz de la Trinidad, manifestada por Jesús abandonado, Dios, que es el ser, se revela, por decirlo así, custodiando en su interior el no-ser como don de Sí; ciertamente no el no-ser que niega el Ser, sino el no-ser que revela el Ser como Amor. Este es el dinamismo de la vida intratrinitaria que se manifiesta como incondicionado y recíproco don de sí, mutuo anodamiento amoroso, total y eterna comunión»<sup>30</sup>. Pero Jesús abandonado no es sólo el que nos revela la dinámica trinitaria, sino también Aquel que deificándonos por gracia, nos hace partícipes de la misma vida divina de la Trinidad: «Parecía que la Trinidad se abría para acoger a los redimidos en su seno»<sup>31</sup>.

Jesús Abandonado, por tanto, nos introduce en la comunión del amor trinitario, nos participa su amor que nos hace capaces de una realación de amor análoga entre nosotros: «Como el Padre me ha amado a mí, así yo os he amado a vosotros» (Jn 15, 9). «Como yo os he amado, así también amaos unos a otros» (Jn 13, 34). «Hay, pues –comenta Chiara– una afinidad entre el Padre, el Hijo y nosotros... por el único amor divino que poseemos»<sup>32</sup>. Es, efectivamente, el único ágape divino que une en el Espíritu al Padre y al Hijo, al Hijo y a los hijos, a los hijos en el Hijo con el Padre y entre ellos.

Se realiza así ese “algo más” del carisma de la unidad. Ese “algo más” –explica J. Castellano– nos lleva a decir: «Si la Trinidad está en mí y está en ti, entonces la Trinidad está entre nosotros, estamos en una relación trinitaria

[...] entonces nuestra relación es a modo de la Trinidad; mejor dicho, es la Trinidad la que vive en nosotros esta relación»<sup>33</sup>.

### Jesús Abandonado, camino para la “interioridad dilatada”

Así pues, amando a Jesús Abandonado, es posible, como hemos visto, vivir la reciprocidad del amor que engendra la presencia de “Jesús en medio” de nosotros y forma una célula del Cuerpo místico en la cual habita la Trinidad. Y es Jesús Abandonado el que además da y acoge en la reciprocidad del amor la propia interioridad, abriendo un espacio de encuentro que no es ni la morada del yo, ni la del hermano, sino el espacio de la interioridad misma de Jesús hecho presente por la unidad. Por lo cual se experimenta realmente lo que afirma Pablo: «Todos vosotros sois una sola persona en Cristo Jesús» (Ga 3, 28).

Las dos interioridades anuladas en el amor a Jesús Abandonado son asumidas por la de Cristo Jesús. Como escribe Zanghì: «Se encuentran siendo uno en la interioridad misma de Jesús. Son conducidas allí donde está la Palabra encarnada y resucitada: en la comunión trinitaria que es, si así podemos decir, la interioridad más interior del Uno Absoluto»<sup>34</sup>. Cada uno, en Jesús resucitado, encuentra su interioridad, pero dilatada sobre la de Jesús, que contiene en sí a todo hombre o mujer. “Jesús en medio” se experimenta como el lugar más allá del tiempo y del espacio, porque está resucitado, y, al mismo tiempo, en el corazón de la humanidad donde habita la Trinidad y es posible experimentar la “interioridad dilatada”. Este es el “castillo exterior” edificado por la reciprocidad del amor, que lleva a cada uno a salir de su propia interioridad para entrar en la de Jesús y encontrarse en la comunión trinitaria<sup>35</sup>.

Viviendo la espiritualidad de comunión, la

Iglesia podrá mostrar su verdadero rostro, testimoniar su identidad de *koinonía* como imagen de la Trinidad y llevar a cumplimiento su misión conduciendo la humanidad y la creación al seno de la Trinidad. Escribe De Lubac: «Dios no nos ha creado para que vivamos en los límites de la naturaleza, ni para que cumplamos una misión solitaria. Nos ha creado para que seamos introducidos colectivamente en el seno de su vida trinitaria. Jesucristo se ofreció en sacrificio para que seamos uno en esta unidad de las Personas divinas (...). Pero hay un lugar en el que ya desde aquí abajo empieza a realizarse esta reunión de todos en la Trinidad. Hay una familia de Dios, extensión misteriosa de la Trinidad en el tiempo, que no sólo nos prepara a esta vida unitiva y nos proporciona la firme garantía de poseerla, sino que nos hace participar ya de ella. Es la única sociedad plenamente 'abierta', la única que se ajusta a nuestro íntimo deseo y la única, en fin, en la que podemos adquirir todas nuestras dimensiones. Esta es la Iglesia. Ella está llena de la Trinidad»<sup>36</sup>.

<sup>1</sup> K. Rahner, *Espiritualidad antigua y actual*, en IDEM, *Escritos de teología*, VII, Taurus, Madrid 1969, p. 25.

<sup>2</sup> Cf. K. Rahner, *Elementos de espiritualidad en la iglesia del futuro*, en T. Goffi – B. Secondin, *Problemas y perspectivas de espiritualidad*, Sígueme, Salamanca 1984, pp. 470-471.

<sup>3</sup> J. Jüngel - M. Neri, *Entrevista al teólogo Eberhard Jüngel*, en *Il Regno-attualità* XLVII (2002) 145-150, cit. p. 150.

<sup>4</sup> J. Castellano, *Prólogo*, en C. Lubich, *La unidad y Jesús abandonado*, Ciudad Nueva, Madrid 1985, 7.

<sup>5</sup> Cf. *Ibid.*, p. 9.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>7</sup> P. Coda, *Un carisma y una obra de Dios*, en C. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, p. 22.

<sup>8</sup> Juan Pablo II, *Mensaje a los Cardenales y Obispos amigos del Movimiento reunidos en el Centro Mariápolis de Castelgandolfo*, 14.2.2001.

<sup>9</sup> C. Lubich, *Il punto di contatto*, en Gen 18 (1984/4) 5.

<sup>10</sup> Cf., Id. *La unidad y Jesús abandonado*, cit., pp. 83-84.

<sup>11</sup> Id., cit. en A. Pelli, *La aportación de un carisma a la profundización teológica del abandono de Jesús*, en *Cuadernos Abbá* 1, Ciudad Nueva, Madrid 1997, p. 49.

<sup>12</sup> Id., *La vida, un viaje*, Ciudad Nueva, Madrid 1994, p. 89.

<sup>13</sup> Id., *La unidad y Jesús abandonado*, cit., p. 58.

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> Id., Escrito del 20 septiembre 1949, en *La doctrina espiritual*, cit., p. 144.

<sup>16</sup> Cf. Id., *El grito*, Ciudad Nueva, Madrid 2000, p. 47; cf. *Unità e Gesù abbandonato* en *Nuova Umanità* XXV (2003/1) 29.

<sup>17</sup> Id., *La unidad y Jesús abandonado*, cit., p. 83.

<sup>18</sup> Id., Inédito, cit. por P. Coda, *Qualche nota su Gesù Abbandonato*, Castelgandolfo, 25.10.2005.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> Id., *Ideale dell'unità*, Escrito autógrafa, publicado parcialmente y con alguna variante en Gen's 1 (1971).

<sup>21</sup> Id., cit. en M. Vandeleene, *Io-il fratello-Dio nel pensiero di Chiara Lubich*, Città Nuova, Roma 1999, 258.

<sup>22</sup> Id., *El grito*, Ciudad Nueva, Madrid 2000.

<sup>23</sup> Cf. Id., *Discurso en la Universidad Santo Tomás de Manila con ocasión del Doctorado «honoris causa» en Sagrada Teología*, 14.1.1997, en *Cuadernos Abbá* 3, Ciudad Nueva, Madrid 2000, p. 13.

<sup>24</sup> Id., cit. en P. Coda, *Chiara e il grido di Gesù*, en *Nuova Umanità* XXIII (2001/2) 134, 319-320.

<sup>25</sup> Id., cit. en J. M. Povilus, *Jesús en medio en el pensamiento de Chiara Lubich*, Ciudad Nueva, Madrid 1988, p. 80.

<sup>26</sup> Agustín, *De Trinitate*, XV, 6, 10.

<sup>27</sup> Cit. en P. Coda, *L'esperienza e l'intelligenza della fede in Dio Trinità*, en *Nuova Umanità* XXVIII (2006) 549.

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> Cf. Id., *Discurso en la Universidad Santo Tomás de Manila*, cit. p. 12.

<sup>31</sup> Id., *Heloi, Heloi, lamma sabacthani*, en *Città Nuova* IV (1960/1) 4-5.

<sup>32</sup> Id., *Il comandamento nuovo*, en *Città Nuova* IV (1990/8) 41.

<sup>33</sup> Cit. en C. Lubich, *Un camino nuevo*, Ciudad Nueva, Madrid 2003, p. 16.

<sup>34</sup> G. M. Zanghí, *Il Castello esteriore*, en AA.VV., *Egli è vivo*, Città Nuova, Roma 2006, p. 137.

<sup>35</sup> Cf. *Ibid.*

<sup>36</sup> H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, DDB, Bilbao 1966, p. 212.

## Alberto Hurtado: «¡Contento, Señor, contento!»

*Antonio Castellano, s.d.b.*

*Alberto Hurtado (1901-1952), jesuita chileno, es un testigo extraordinario de un cristianismo encarnado en una sociedad renovada con el signo de la unidad y de la fraternidad. Una mística abierta a lo social y fundamentada en una radical elección de Dios Amor. Una vida intensa, totalmente entregada al amor de Cristo presente en los hermanos, especialmente en los más pobres.*

**A**LBERTO, nace en Viña del Mar (Chile) el 22 de enero de 1901 y queda huérfano de padre a los cuatro años<sup>1</sup>. La madre, con sus dos hijitos, Alberto y Miguel, vende todas las propiedades de la familia para hacer frente a unos problemas económicos, que surgen con la muerte del marido, y se traslada a casa de un familiar, en Santiago. Alberto contará que en aquellos años su madre iba a menudo a visitar a los pobres de la ciudad y lo llevaba con ella.

De joven estudia con los jesuitas y luego completa sus estudios de Derecho en la Universidad Católica. Joven universitario, junto con algunos compañeros, se pone a disposición de los obreros que defienden sus derechos. Terminados los estudios, aun sintiéndose atraído por el matrimonio y ser un laico comprometido, junto con un amigo

suyo, Manuel Larraín, busca esclarecer la voluntad de Dios. Pronto siente que su camino es el de la Compañía de Jesús, mientras que su amigo entra en el seminario, llegando a ser obispo.

### Una vida completa

En 1923, Alberto escribe desde el noviciado a su amigo: «Querido Manuel, por fin soy jesuita. Me siento tan feliz y contento que no se puede ser más en esta tierra, inundado de alegría, y no me canso de dar gracias a Nuestro Señor por haberme traído a este auténtico paraíso, donde uno puede dedicarse a Él 24 horas al día». Completará su formación en Argentina, España y Bélgica. En 1933 es ordenado presbítero y, mientras se especializa en ciencias de la educación en Lovaina, colabora activamente en la fundación de la Facultad

de Teología en la Universidad Católica de Chile. De hecho, siempre tuvo viva la conciencia del valor del compromiso cultural cristiano para la transformación de la sociedad, un aspecto que cuidará durante su vida con la publicación de libros y artículos y la creación de la revista Mensaje.

En 1936 vuelve a su patria y se dedica al trabajo académico, a la pastoral universitaria y a la Acción Católica, de la que más tarde fue nombrado asistente nacional. Por ciertas sospechas y acusaciones infundadas, se vio obligado a renunciar al cargo. Poco antes de esta renuncia, en octubre de 1944, una noche fría y lluviosa, se le acerca *«un pobre hombre enfermo, tiritando, en mangas de camisa, que no sabía dónde encontrar refugio»*. Este encuentro lo conmueve profundamente y pocos días después, durante un retiro, afirma: *«Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres que sufren, enfermos, deshauciados de sus miserables casas... ¡Cristo está sin casa! ¿No queremos ofrecérsela nosotros?... Lo que hayáis hecho al más pequeño de mis hermanos, me lo hacéis a mí»*.

Comienza así una obra social que lo llevará a inaugurar, en mayo de 1945, el Hogar de Cristo, donde acoge a muchachos de la calle y a pobres abandonados de la ciudad de Santiago. Los últimos años de su vida (sólo siete) son intensísimos y los emplea todos a esta obra caritativa, que hoy es la más variada y extendida de la Iglesia chilena. En 1947 visita al Papa para presentarle el Hogar de Cristo y para recibir su bendición. En 1948 funda la Asociación Sindical Chilena (ASICH) y en 1951 la revista "Mensaje".

Cuando descubre que tiene una grave enfermedad, que determinará la conclusión de su vida terrena, afirma: *«¿Cómo no estar contento? ¿Cómo no estar agradecido a Dios? En vez de una muerte violenta, me manda una larga enfermedad para poder prepararme; no me da dolo-*

*«Su dolor tiene que hacerme daño: la falta de higiene en sus casas, la alimentación insuficiente, la falta de educación de sus hijos, la tragedia de sus hijas.*

*Todo esto no es sino la traducción de la palabra amor. Los he puesto en mi corazón para que vivan como hombres en la luz, y la luz es Cristo»»*

*res, me da el gozo de ver a tantos amigos, de verlos a todos. Verdaderamente Dios ha sido para mí un padre afectuoso, el mejor de los padres»*. El 18 de agosto de 1952, Alberto parte para el cielo, hacia el que se sentía dirigido velozmente como un "disparo". El 16 de octubre de 1994 es beatificado por Juan Pablo II y el 23 de octubre de 2005 es canonizado por Benedicto XVI. Asomémonos un poco al interior de su alma, mediante algunos trozos de las notas personales que él nos dejó.

## Fraternidad universal

Alberto se siente llamado a vivir la fraternidad universal. Anota en 1947: *«¿A quién amar? A todos mis hermanos de humanidad. Sufrir con sus fracasos, con sus miserias, con la opresión de la que son víctimas. Gozar con sus alegrías. Empezar a llevar en mi espíritu a todos los que he conocido en mi camino... A todos los de mi ciudad, de mi nación, a los que he conocido en Europa, en América... Todos los del mundo son mis hermanos. Encerrarlos en mi corazón, todos juntos... Ser plenamente consciente de mi tesoro, y con un ofrecimiento vigoroso y generoso, ofrecerlos a Dios. Hacer en Cristo la unidad de mis amores»*.

Siente que tal sentimiento se concreta en el amor a los pobres: *«Amar el bien que se halla en ellos: su sencillez, rudeza y audacia»* y *«amarlos hasta no soportar más sus desgracias»*.

«Su dolor tiene que hacerme daño: la falta de higiene en sus casas, la alimentación insuficiente, la falta de educación de sus hijos, la tragedia de sus hijas».

**«Tres palabras parecen sacudir el mundo contemporáneo y están en la base de todos los sistemas que se ofrecen como solución a los males de nuestra época: colectividad, solidaridad y justicia social. Nuestra santa madre la Iglesia no desprecia estas palabras, sino que, al contrario, las supera con una riqueza infinitamente mayor y con un contenido inmensamente más revolucionario, y, elevándose por encima de ellas, habla de unidad, fraternidad, amor. Estas tres palabras son la síntesis de la enseñanza de la Iglesia, la de siempre, pero que se renueva especialmente en nuestros días...»**

«Todo esto no es sino la traducción de la palabra amor. Los he puesto en mi corazón para que vivan como hombres en la luz, y la luz es Cristo».

Y Cristo es el que ofrece una respuesta «a sus preguntas más angustiosas. ¿Para qué viven? ¿A qué destino están llamados?».

Por eso «amarlos apasionadamente en Cristo... para que encuentren a Cristo».

«¿Sabrán responder?... Dios quiere sobre todo mi esfuerzo, y nada se pierde de lo que se hace por amor».

## Elección de Dios

En una reflexión publicada póstumamente por voluntad suya, habla de la elección de Dios como la respuesta al desafío de nuestro tiempo, que es el «de una sociedad de la cual Dios está ausente». Es como un testamento: una invitación dirigida a todos para tra-

tar de vivir de modo colectivo esa elección: «Hay grupos elegidos que buscan a Dios con toda su alma, y para los cuales hacer la voluntad de Dios es el deseo supremo de sus vidas. Y cuando lo han encontrado, sus vidas descansan como en una roca inamovible; el espíritu descansa en la paternidad divina, como un niño en los brazos de la madre (cf. Sal 130). Cuando se ha encontrado a Dios, el espíritu comprende que la única cosa grande que existe es Él. Ante Dios todo se desvanece: lo que no toca a Dios es indiferente...»

A quien halla a Dios le sucede lo mismo que a quien encuentra su primer amor: corre, vuela, se siente transportado; todas sus dudas quedan en la superficie, en la profundidad de su ser reina la paz...

En el alma de este repatriado hay dolor y felicidad al mismo tiempo. Dios es a la vez su paz y su inquietud. En Él descansa, pero no puede permanecer inmóvil ni un momento. Tiene que descansar caminando, debe encontrar abrigo en la inquietud. Cada día Dios se levanta ante él como una llamada, un deber, como una felicidad próxima no alcanzada».

## Unidad, fraternidad, amor

En un congreso de católicos chilenos (durante la II Guerra Mundial), presenta la fe cristiana en Dios Amor (y no las ideologías) como la respuesta al drama de la humanidad: «Tres palabras parecen sacudir el mundo contemporáneo y están en la base de todos los sistemas que se ofrecen como solución a los males de nuestra época: colectividad, solidaridad y justicia social. Nuestra santa madre la Iglesia no desprecia estas palabras, sino que, al contrario, las supera con una riqueza infinitamente mayor y con un contenido inmensamente más revolucionario, y, elevándose por encima de ellas, habla de unidad, fraternidad, amor. Estas tres palabras son la síntesis de la enseñanza de la Iglesia, la de siempre, pero que se renueva especialmente en nuestros días...»

En estos momentos, hermanos, nuestra prime-

## Unidad y Carismas



*ra misión debe ser la de convencernos a fondo que Dios nos ama...*

*Este grito sencillo, pero que es un mensaje de esperanza, no debe congelarse nunca en nuestro labios: Dios nos ama, somos hijos suyos...*

*¡Somos hijos suyos! ¡Oh vosotros, cincuenta millones de hombres que vagáis ahora fuera de vuestra patria, expulsados de vuestras casas por el odio de la guerra! ¡Dios os ama! ¡Tened fe! ¡Dios os ama! ¡También Jesús quiso conocer vuestro dolor y tuvo que huir fuera de su patria y comer el pan del exilio!...*

*Y si Dios nos ama, ¿cómo no amarlo? Y si lo amamos, observemos su gran mandamiento, su mandamiento por excelencia: Os doy un mandamiento nuevo... (Jn 13, 34-35).*

*¡En cada hombre, por pobre que sea, veamos la imagen de Cristo y tratémoslo con espíritu de justicia y de amor! Elevando nuestros ojos y encontrándonos con los de María, nuestra Madre, ella nos mostrará a muchos hijos suyos, predilectos de su corazón, que sufren la ignorancia más total y absoluta; nos hará conocer sus condiciones de vida, en las cuales es imposible la práctica de la virtud, y nos dirá: "Hijos, si me amáis de verdad como Madre, haced todo lo posible por estos hijos míos, los que más sufren, que por eso son los más amados de mi Corazón..."*

*El fruto de este congreso sea un incendiarse nuestra alma en el deseo de amar, de amar con las obras, y que esta noche, al volver a nuestros hogares, nos preguntemos: ¿Qué he hecho yo por mi prójimo? ¿Qué estoy haciendo por él? ¿Qué me pide Cristo que haga por él?...*

*El cristianismo se resume por entero en la palabra 'amor': es un deseo ardiente de felicidad para nuestros hermanos, no sólo de la felicidad eterna del cielo, sino también de todo lo que pueda mejorar y hacer más feliz esta vida, que ha de ser digna de un hijo de Dios».*

## Llenar nuestra vida con los demás

En los apuntes de una conferencia de

1946 encontramos su convicción de que Dios suscitaría, para nuestro tiempo, "espíritus nuevos" para un nuevo orden social cristiano: «La mejor manera de llenar la vida es llenarla de amor, y, haciendo así, no hacemos más que cumplir el precepto del Maestro...

*Los primeros cristianos se preguntaban: ¿Cómo se salva un hombre? Amándolo, sufriendo con él, haciéndose uno con él, en el dolor, en su propio sufrimiento. No con discursos... sino con la evidente demostración del amor. La Iglesia tiene necesidad de testigos. Por esto creo que para los tiempos difíciles que vienen, Dios en su inmensa misericordia suscitará espíritus nuevos. No me extrañaría ver una nueva congregación religiosa vestida con el mono, con el voto de trabajar en las fábricas y de vivir entre los pobres para salvar al mundo...*

**«Rodeado de tinieblas, huyo totalmente hacia la luz. En Dios me siento lleno de una esperanza casi infinita. Mis preocupaciones se disipan. Las abandono en él. Yo me abandono todo entero en sus manos. Soy suyo, y Él cuida de todo y de mí mismo... Dios, la roca inmóvil, contra la cual rompen en vano todas las olas»**

*Se habla mucho, justamente, en nuestros días de un orden social cristiano. Un orden que supone una legislación basada en el bien común, en la justicia social, pero ese orden sólo será posible si los cristianos nos llenamos del deseo de amor que se traducirá en 'dar'. Menos palabras y más obras. El mundo moderno es antiintelectualista: cree en lo que ve, en los hechos. Cuando los pobres ven, tocan su dolor y nos miran a los cristianos, ¿qué derecho tienen a pedirnos a nosotros que creemos que Cristo vive en cada pobre? ¿Podrán aceptar nuestra fe si nos ven conservar todas nuestras comodidades y odiar el comunismo por lo*

que quiere quitarnos más que por lo que tiene de ateo? ¿Cuál ha de ser nuestra actitud? ¡El sentido social! Servir, dar, amar. Llenar mi vida con los demás».

### Caminar al paso de Dios

En su intensa actividad, Alberto no perdió nunca de vista que la fuente de todo era su constante unión con Dios. Así escribe en una reflexión personal: *«El gran apóstol no es el activista, sino aquel que mantiene en todo momento su vida bajo el impulso divino. Cada una de nuestras acciones tiene un momento divino, una duración divina, una intensidad divina, etapas divinas, un término divino. Dios comienza, Dios acompaña, Dios termina. Nuestra obra, cuando es perfecta, es al mismo tiempo toda suya y toda mía. Si es imperfecta es porque nosotros hemos puesto nuestras deficiencias, y porque no hemos mantenido el contacto con Dios durante toda la duración de la obra, es porque hemos caminado más deprisa o más despacio que Dios.*

*Nuestra actividad no es plenamente fecunda si no en la perfecta sumisión al ritmo divino, en una sincronización total de mi voluntad con la de Dios». Por eso «después de la acción, hay que volver continuamente a la oración, para encontrarse con uno mismo y encontrarse con Dios, para darse cuenta, sin pasión, si de verdad caminamos en el camino divino... Esta vida de oración ha de conducir al alma a darse de modo natural a Dios, en el don completo de sí misma».*

### No vivía lo bastante para Él... ¡ahora sí!

En otra reflexión autobiográfica, escrita como si se tratase de la confesión de un amigo suyo («uno de esos apóstoles ardientes, siempre alegre a pesar de sus trabajos y sus fracasos»), confía: *«También llegan las horas oscuras... Entonces, como en todos los momentos difíciles, recurro a Dios, le entrego todo mi ser y mi voluntad a su providencia de Padre, aunque no*

*tenga fuerzas ni siquiera para hablarle. ¡Ah, cómo he comprendido su bondad en estos momentos! En mi trabajo de cada día, era a Él a quien buscaba, pero me parece que, si bien mi vida se la había dado a él, no vivía lo bastante para Él... Ahora sí..., en mis días de sufrimiento, no tengo más que a Él ante mis ojos, Él solo, en mi rendición y en mi impotencia. Nuevos dolores me esperan en las horas de mi impotencia.*

*Las obras por las cuales me he gastado totalmente están gravemente amenazadas. Mis colaboradores también están exhaustos a fuerza de trabajar. Además las incomprendiones de los más cercanos, el abandono o el desánimo de los amigos, la falta de confianza de la gente, la victoria de los enemigos. La situación es casi desesperante. El materialismo triunfa, todos nuestros proyectos de trabajo por Cristo están en el suelo. ¿Nos habremos equivocado?...*

*Rodeado de tinieblas, huyo totalmente hacia la luz. En Dios me siento lleno de una esperanza casi infinita. Mis preocupaciones se disipan. Las abandono en él. Yo me abandono todo entero en sus manos. Soy suyo, y Él cuida de todo y de mí mismo... Dios, la roca inmóvil, contra la cual rompen en vano todas las olas».*

A Alberto le gustaba afirmar que *«la Iglesia y las familias cristianas deben ser centros de alegría, el cristiano siempre alegre. Las jaculatorias del fondo del alma han de ser: ‘¡Contento, Señor, contento!’.* Y, para estarlo, decirle siempre a Dios: *‘¡Sí, Padre!’.* Cristo es la fuente de nuestra alegría. En la medida en que vivamos en Él viviremos felices». Y esta es la estela de luz que ha dejado tras de sí <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Para una presentación sintética de su vida, cf. la introducción del libro de S. Fernández, *Un disparo a la eternidad. Retiros espirituales predicados por el Padre Alberto Hurtado, S.J.*, Universidad Católica de Chile, Santiago 2002.

<sup>2</sup> Hemos seguido una selección de textos hecha por S. Fernández en *Un fuego que enciende otros fuegos. Páginas escogidas de san Alberto Hurtado*, Santiago 2009.

# El encanto de la teología espiritual

*Donato Cauzzo, m.i.*

*Un interesante itinerario de estudio que, partiendo de un carisma particular, se abre a horizontes de vida y de pensamiento cada vez más amplios.*

**E**STUDIÉ teología espiritual en el Instituto de Espiritualidad de la Universidad Gregoriana de Roma. No fue una elección mía. En 1983 el superior general, inesperadamente, me llamó a Roma para trabajar con él. En aquel tiempo yo era formador en el seminario. Como él viajaba con frecuencia para visitar las comunidades de todo el mundo, me sugirió que durante sus ausencias hiciera algunos cursos en el Instituto de Espiritualidad y así podría profundizar el carisma de mi fundador y de la orden, cosa que él sentía mucho.

Me parece que, de este modo, empleé cuatro o cinco años para completar los cursos del bienio de licenciatura, ya que asistía a pocos cursos cada semestre. La mayoría de los que estaban matriculados en espiritualidad eran religiosas y religiosos, destinados a ser formadores y maestros de novicios, o sacerdotes que luego desempeñarían la dirección espiritual en los seminarios. No

eran todos jóvenes, sino que algunos eran ya maduros, con una experiencia consolidada de vida religiosa o sacerdotal.

Al principio me acerqué a las diversas materias –fundamentos bíblicos de la santidad, historia de la espiritualidad, psicología de la experiencia religiosa, el carisma de los fundadores, etc.– de la misma manera como había estudiado en mis años de formación las distintas materias filosóficas y teológicas. Diría que entonces fue un acercamiento de tipo intelectual: estudiar para aprender y para prepararme a ejercer mejor el futuro ministerio. Una buena nota en el examen demostraba, ante todo a mí mismo, que había aprendido los contenidos propuestos en aquel determinado curso.

### Vivir antes que estudiar

Luego se produjo un cambio, que representó el *primer motivo de encanto* de la teo-

logía espiritual. Recuerdo una frase repetida por el entonces director del Instituto, C. Bernard: «*Si buscas un estudiante de espiritualidad, lo encuentras en la capilla o en la biblioteca*». Intuí que el verdadero valor de la materia que estudiaba no estaba en aprender la teología espiritual, ciertamente hermosa y atractiva, sino encaminarme yo por la senda de una experiencia espiritual más intensa. Era el paso de las cosas espirituales a la vida espiritual, para desembocar finalmente en una nueva y más consciente elección de Dios, fuente y término último de toda doctrina espiritual.

Mientras estudiaba los fundamentos bíblicos de la santidad, sentí que Dios me llamaba a hacerme santo a través del camino del amor misericordioso que Dios había indicado a mi fundador. Leyendo los escritos de los grandes místicos españoles del Siglo de Oro, percibí el atractivo de la vida de contemplación, de la intimidad con Dios. El curso sobre los aspectos penumatológicos de la espiritualidad cristiana me introdujo en una mayor conciencia de la presencia del Espíritu en mí y en una relación personal con Él. El curso de psicología de la experiencia religiosa me ayudó a aclarar las motivaciones y los dinamismos incluso psicológicos de mi consagración y de las relaciones comunitarias. Estudiando la espiritualidad de los votos religiosos no sólo los comprendí mejor, sino que decidí vivirlos con mayor radicalidad. El curso sobre María en la vida espiritual tal vez no intensificó mis prácticas devocionales, pero me impulsó a quererla imitar como modelo del discípulo y del consagrado.

Creo que este elemento experiencial de la teología espiritual es connatural e irrenunciable de esta disciplina teológica. Y también peculiar respecto a otras especializaciones. En Derecho Canónico o Exégesis Bíblica o Pastoral Familiar o Dogmática,

etc., el teólogo está llamado ante todo a dotarse de instrumentos cognoscitivos e interpretativos que lo hagan un experto en esa materia, prescindiendo de su experiencia personal (aunque ésta no se excluye nunca totalmente). En teología espiritual no sucede esto, o al menos no me ha sucedido a mí. Es como quien escucha una música sublime o se acerca a una mujer (o a un hombre) atractiva o admira la majestuosa cima de una montaña nevada: son encuentros, experiencias que no nos dejan indiferentes, sino que afectan a todas las dimensiones de nuestro ser, el corazón, el espíritu y la mente, y nos atraen. Nos fascinan.

*«En el espléndido jardín de la Iglesia han florecido y florecen todas las virtudes. Los fundadores de las órdenes son esa virtud hecha vida, y subieron al Cielo transfigurados por tanto amor y tanto dolor, como ‘palabra de Dios’...»*

*«El Evangelio predicado por Jesús era la buena nueva, el Amor anunciado. En veinte siglos, este Amor se ha hecho concreto en su Iglesia, la cual prosigue la Encarnación, en cierto sentido...»*

Desde la perspectiva de la teología espiritual, puedo reformular la invitación del «*contemplata aliis tradere*» de san Ignacio de Loyola con el «*experta aliis tradere*». Encaminarme por la senda de la vida según el Espíritu, recorriendo las distintas etapas que los maestros espirituales han delineado destilando su propia experiencia espiritual, me introduce ante todo en el encanto de una extraordinaria aventura con Dios, acompañado de todos los hombres y mujeres que

la han vivido antes que yo. Y además me capacita para transmitir a otros «*lo que nosotros hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han tocado*» (1Jn 1, 1) y ser, a mi vez, anunciador, guía espiritual y maestro creíble, recordando la exhortación de Pablo VI: «*El hombre contemporáneo escucha mejor a los testigos que a los maestros... o, si escucha a los maestros, lo hace porque son testigos*» (EN 41).

## Conocer los demás carismas

El segundo motivo de encanto de la teología espiritual deriva de otro descubrimiento de aquellos años. Al principio, había compartido la finalidad que los superiores me habían indicado: estudiar al fundador y ayudar a mi orden a comprender mejor el carisma específico y los nuevos modos de encarnarlo hoy en la Iglesia y para la humanidad.

Contactando a través del estudio con distintas espiritualidades que poco a poco han madurado en la historia de la Iglesia con los diversos fundadores y fundadoras que Dios ha suscitado durante los siglos, y sobre todo con los miembros de esas comunidades, se produjo en mí otro cambio. Deseé conocer mejor, al menos un poco, a otros fundadores y otras espiritualidades y enriquecerme con las riquezas espirituales de las que eran depositarias. Me sentí impulsado a construir relaciones de fraternidad con religiosas y religiosos de otras órdenes y congregaciones, a veces incluso visitando sus comunidades, escuchando su historia y compartiendo al menos algo de la vida.

Recuerdo que un escrito de una maestra espiritual de nuestro tiempo, Chiara Lubich, me fue de particular inspiración e iluminación. Se remonta a finales de los años 40 y se titula: «*Cristo a través de los siglos*», del cual destaco algún pasaje:

«*Jesús es el Verbo de Dios encarnado. La Igle-*

*sia es el Evangelio encarnado: por eso es esposa de Cristo. A lo largo de los siglos, se ha visto florecer a muchísimas órdenes religiosas. Cada familia u orden es la 'encarnación', por así decir, de una expresión de Jesús, de una actitud suya, de un hecho de su vida, de un dolor suyo, de una palabra suya. Están los franciscanos, que siguen predicando al mundo, y con su sola existencia: 'Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos' (Mt 5, 3). Están los dominicos, que contemplan al Logos, al Verbo, bajo el aspecto de Luz, de Verdad, y explican y defienden la Verdad. Los monjes han asociado a la acción la contemplación (Marta y María). Los carmelitas adoran a Dios en el Tabor, dispuestos a bajar para predicar y afrontar la pasión y la muerte. Los misioneros ponen en práctica el precepto: 'Id y predicad a todas las naciones' (Mt 28, 19). Las órdenes, congregaciones e institutos de caridad repiten la intervención del buen samaritano... En fin, la Iglesia es un Cristo majestuoso desplegado a través de los siglos...*

*En el espléndido jardín de la Iglesia han florecido y florecen todas las virtudes. Los fundadores de las órdenes son esa virtud hecha vida, y subieron al Cielo transfigurados por tanto amor y tanto dolor, como 'palabra de Dios'...*

*El Evangelio predicado por Jesús era la buena nueva, el Amor anunciado. En veinte siglos, este Amor se ha hecho concreto en su Iglesia, la cual prosigue la Encarnación, en cierto sentido...»<sup>1</sup>.*

Tal encarnación sucede porque cada carisma, con la espiritualidad que lo expresa y la familia religiosa que engendra, hace vivo en el tiempo a Cristo que predica y anuncia el Reino, que cura a los enfermos, que se retira al monte a orar, que acoge a los niños, que abraza a los leprosos, que da de comer a las multitudes, que sufre la pasión, etc. (cf. LG 46).

Seguro que admiramos un parterre compuesto totalmente por rosas rojas, pero es aún más hermoso un jardín lleno de la multiforme y culticolor variedad de muchas flo-

res, cada una con su belleza, que no se confunde con la de las otras, sino que resalta aún más junto a ellas por la forma y los colores que la distinguen. Acercándome a distintas corrientes espirituales y conociendo las familias religiosas (al menos algunas) nacidas a lo largo de los siglos en la Iglesia, me fascinó descubrir en cada una la raíz común en el Evangelio, y todas me atrajeron.

En cada una encontré “algo más” y también “algo menos” respecto a la mía. Y de todas tenía que aprender para crecer en mi vida espiritual. Teresa me enseñaba a orar mejor; Domingo a unir la ciencia con la sabiduría que viene de lo alto; Ignacio a no anteponer nada a la búsqueda de la gloria de Dios; Juan Bosco la pedagogía correcta para tratar con los jóvenes; Benito me recordaba la importancia del trabajo apostólico no separado de la oración; Francisco la sencillez y la fraternidad evangélica; Teresita la humildad; Francisco de Sales me mostraba que la santidad está abierta a todos los estados de vida; Catalina de Siena, la pasión por la Iglesia; Alfonso de Ligorio, cómo identificarme con la voluntad de Dios; Pedro Julián Eymard, el valor de la Eucaristía, etc.

### Santos juntos

Acercarme a las otras corrientes espirituales, trazadas a lo largo de la historia del cristianismo, no me ha hecho olvidar o disminuir el camino recorrido por mi fundador. Al contrario, lo he valorado y comprendido mejor, como una tesela del único majestuoso mosaico de Cristo desplegado en los siglos y presente en todas partes del mundo. El precepto evangélico «*ama a tu prójimo como a ti mismo*» (Mat 19, 9), puedo vivirlo también amando el carisma, la espiritualidad, la familia religiosa del otro como la mía. Y esto ha producido en mí algunos efectos: el impulso a conocer mejor a mi

fundador; una comprensión más clara de las características distintivas de su carisma; un mayor compromiso en vivir el carisma para mostrarlo encarnado y ser así un pequeño fundador redivivo; un mayor amor a la Iglesia en todos sus componentes; una nueva experiencia de fraternidad y de comunión eclesial; una mayor estima de las demás expresiones espirituales presentes en la Iglesia. Había partido del estudio de mi santo fundador y me fui abriendo a la comunión de los santos.

Fascinado por esta experiencia, me siento en profunda sintonía con la invitación de Juan Pablo II a promover la espiritualidad de comunión, para «*hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión... si queremos ser fieles al designio de Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo*» (NMI 43). Precisamente el testimonio de reciprocidad entre las distintas tradiciones y expresiones de vida espiritual puede ofrecer la oportunidad para ensanchar “los espacios de la comunión”, hasta incluir en ellos a todos los creyentes y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

En diversos manuales he leído varias definiciones de la teología espiritual. Si me pidieran sintetizar en pocas palabras cómo he descubierto y comprendido la teología espiritual, diría: es la disciplina teológica que nos ayuda a hacernos santos juntos. ¡Eso es lo que más me ha fascinado de ella! Parafraseando el versículo de Mt 18, 20, deseo que Jesús pueda decirnos: “Donde dos o más están unidos en mi nombre para estudiar teología espiritual, yo estoy en medio de ellos”. ¡Estudiando así, podríamos esperar que la nota del “examen final” sea muy buena!

---

<sup>1</sup> El texto completo se encuentra en: Chiara Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, pp. 164-167.

# Franciscanas con los jóvenes de la *Fazenda da Esperança*

*Rosa M. Severino, f.s.*

*El Espíritu Santo ha suscitado nuevas formas de vida consagrada en la Iglesia que pueden iluminar los carismas “antiguos”. En un contexto de diálogo trinitario es posible una fecundidad recíproca. Una riqueza para la Iglesia, una respuesta viva a la llamada de Juan Pablo II a “remar mar adentro y echar las redes”.*

UNO de los grandes retos de finales del siglo XIX fue la educación de la juventud. Para responder a este grito nació en 1854 en Siessen, al sur de Alemania, la congregación de las Franciscanas de Siessen. A lo largo de nuestra historia, principalmente durante la época de la secularización y las guerras, habíamos sentido la necesidad de encontrar nuevos modos para educar a los jóvenes. Las misiones en Sudáfrica y en Brasil son fruto de una valiente apertura a las exigencias de los tiempos.

### Algo nuevo

Durante más de sesenta años, en cualquier parte que estuviesen, nuestras religiosas fueron verdaderas misioneras en la educación y evangelización de la juventud. Sin embargo, por el año 1980 surgió una refle-

xión sobre la función de la educación en las escuelas. En los años noventa la situación se hizo insostenible: falta de vocaciones, competencia con otros grandes colegios, crisis económica, y tantas otras dificultades. Había llegado el momento de pensar en algo nuevo.

Se presentaron varias propuestas, pero no tuvieron acogida. Surgió así la pregunta: “¿Qué es lo nuevo?”. Precisamente en aquel momento de fragilidad Dios se presentó con una propuesta exigente y radical. J. Jung, nuestra superiora general, conoció a H. Stapel, o.f.m., el cual le presentó la realidad de la *Fazenda da Esperança*. Comenzó entonces un nuevo camino. Dos religiosas fueron enviadas de Alemania a Brasil a vivir con los jóvenes en el centro de recuperación femenino en Guaratinguetà, para experimentar un nuevo modo de vivir el Evangelio, que –como dijo Benedicto XVI en su histórica

visita a la *Fazenda da Esperança*— encuentra su raíz en el carisma de san Francisco y en la espiritualidad de la unidad, es decir, el carisma del Movimiento de los Focolares. Algunas religiosas brasileñas se unieron al grupo. También se invitó a las jóvenes en formación a vivir con las jóvenes en fase de recuperación, para que pudiesen experimentar el nuevo fuego que allí se estaba difundiendo.

El modo con que Dios nos condujo fue maravilloso. En pocos meses vendimos los tres colegios que teníamos. Por tanto, sentimos que había llegado la hora de dar un paso audaz. No era posible seguir permaneciendo paradas, mirando las obras antiguas. Entre muchos dolores, incomprensiones, resistencias, oraciones y esperanzas, llegó a establecerse una verdadera “alianza” entre la *Fazenda da Esperança* y las Franciscanas de Siessen. Trasladamos la sede provincial a la casa de formación en Guaratinguetà, cerca del centro de recuperación femenina y establecimos dos comunidades: una en la Fazenda del barrio Pedrinhas de Guaratinguetà; otra en Coroatà, en el Nordeste, donde las religiosas ayudan en los centros masculino y femenino y atienden a niños abandonados.

### Con las muchachas

Como sucede en la historia de la salvación, algunas personas han dado concretamente la vida por este nuevo proyecto. Frente a diversas decisiones debíamos obedecer sin entender nada. Al mismo tiempo una nueva esperanza surgía entre nosotras. Personalmente, siguiendo desde lejos lo que estaba sucediendo, sólo en parte estaba de acuerdo: veía el entusiasmo de mis hermanas más comprometidas en el nuevo proyecto, sin embargo yo me resistía. La mayor dificultad era tener que aceptar que nuestras jóvenes tuviesen que habitar con

las muchachas en fase de recuperación. Entonces se me invitó a asumir la dirección del noviciado. Seguro que movidas

*«Mi decisión por esta congregación ha sido motivada por su trabajo con jóvenes de la Fazenda da Esperança. Quedé impresionada por las experiencias que las aspirantes hacían con las muchachas en recuperación. Actualmente participo en la escuela de comunión de la Fazenda. Para mí es realmente una escuela diferente, porque no es sólo una escuela: es una familia, donde compartimos nuestra alma, lo ponemos todo en común, nos formamos para engendrar vida en Jesucristo».*

por la sabiduría, mis superiores me pidieron hacer la experiencia de vivir con las muchachas. Ante esta propuesta pasé meses de juicios y resistencias, hasta que doblegué mi orgullo y me dejé conducir por Dios. Acepté el reto y fui a vivir al “centro de acogida”, a donde llegaban las muchachas destrozadas por el “pícaro mundo” (como ellas lo definían).

La casa estaba totalmente aislada, a 30 km de la ciudad, entre montañas. Tuve miedo. Un sentimiento de inutilidad me dominaba. Toda mi experiencia de profesora y de vida pastoral no valía de nada para aquellas vidas destruidas con las que no sabía cómo comportarme. Pero comprendí en seguida que debía recuperarme de mis prejuicios, del individualismo y de tantas otras “drogas”. La solución fue morir a mis esquemas, dejar a un lado los libros, vivir la Palabra de Dios en el día a día y obedecer a las dos coordinadoras (una se había recuperado totalmente y la otra, que tenía la mitad de mis años, estaba en fase de recuperación).



Nunca olvidaré la sonrisa de Kely, una chica de la calle, con la que, haciendo el pan en la cocina, puse en práctica por primera vez la Palabra. Escuchar a las muchachas en sus dolores, acompañarlas en su proceso de autoperdón, ayudarles a experimentar la misericordia de Dios, incluso si habían hecho uno o diez abortos..., en fin, era algo que me fascinaba y me ayudaba a mantener viva mi espiritualidad y elección de vida.

Dios nos ha concedido la gracia de entender que esta experiencia es la mejor escuela de formación para las jóvenes que son llamadas a vivir nuestro carisma: abrazar a Jesús encarnado, crucificado y resucitado: *«La presencia de las religiosas en la Fazenda es muy importante. Ellas transmiten paz, ofrecen mucho apoyo y enseñan a todos que Dios es la única esperanza. Sobre todo ayudan a aceptar nuestros dolores»* (Cleide).

## Una maduración real

Hace algunos años que me encuentro en esta aventura. Seguir, por una parte, a las jóvenes candidatas y, por otra, a las que están en fase de recuperación con sus dolores y miserias, y percibir Cada día hay la ocasión de abrazar a “Jesús leproso” como hizo san Francisco.

Para nuestras postulantes y novicias la convivencia directa con las muchachas en recuperación es propiamente una gracia, porque las ayuda a confrontarse con sus valores y sus miserias. Sólo con mucho amor y coherencia de vida se puede hacer catequesis y hablar del Dios de la Vida a estas chicas marcadas por los abusos, abortos, homicidios, etc. Ellas no soportan discursos y doctrinas “frías”. Vivir prácticamente la Palabra y el amor concreto en el día a día, responder a las exigencias de la convivencia con sus innumerables diferencias, son la garantía de una maduración real en la vocación.

Ha sido una de nuestras mayores conquistas para la renovación de nuestra congregación: *«Soy aspirante de las Franciscanas de Siessen. Mi decisión por esta congregación ha sido motivada por su trabajo con jóvenes de la*

*«Las religiosas de Siessen para mí son una presencia de María entre nosotras. Vivir esta relación con ellas me hace pensar en la posibilidad de que toda una comunidad puede vivir con la luz de Dios Amor. Muchas veces el diálogo con ellas me hace encontrar la respuesta que necesitaba».*

Fazenda da Esperança. *Quedé impresionada por las experiencias que las aspirantes hacían con las muchachas en recuperación. Actualmente participo en la escuela de comunión de la Fazenda. Para mí es realmente una escuela diferente, porque no es sólo una escuela: es una familia, donde compartimos nuestra alma, lo ponemos todo en común, nos formamos para engendrar vida en Jesucristo. Otra experiencia que ha marcado mi vida es la convivencia en la casa de apoyo Sol Naciente para personas con virus HIV. Algunas están en sillas de ruedas, otras encamadas, pero todas tienen mucha alegría de vivir, aunque están tan debilitadas. Estar con ellas es hacer la experiencia de Jesucristo resucitado»* (María).

*«Provengo de una región del interior de Bahía. Nunca había tenido contacto con toxicómanos. Durante mi período de aspirante fui a vivir con las chicas en fase de recuperación. Al principio sufría, pero al mismo tiempo me impresionaba ver a aquellas jóvenes, cada una con su historia difícil y esclavas de las drogas, que vivían el Evangelio. ¡Era interesante descubrir cómo todavía eran capaces de soñar! Con ellas aprendí a reconciliarme con mi padre, a valorar a mi familia y a vivir la palabra del Evangelio*

día a día. Hoy me encuentro en el noviciado y soy catequista de estas muchachas. Es doloroso ver cuántos jóvenes que todavía no conocen a Jesucristo. Al mismo tiempo es muy hermoso

**«Dios ha sido “escandalosamente” misericordioso con nosotras haciéndonos el regalo de la casa “Sol Naciente”, que acoge a personas con HIV en fase terminal. Nuestras aspirantes comparten la experiencia de vida con ellas, rezando juntas, dando catequesis y siendo una presencia mariana... Allí podemos vivir el amor gratuito propuesto por san Francisco: “Deben alegrarse cuando se encuentren entre personas viles y despreciadas o entre los pobres, los débiles, los leprosos y junto a los que piden limosna por la calle”».**

reconocer su sed de Dios y lo abiertas que están a la acción de Dios en sus vidas. Las experiencias concretas que he hecho con ellas me recuerdan a san Francisco cuando abrazó al leproso. Por eso esta vida ha contribuido mucho a la maduración de mi vocación franciscana» (Angélica).

### Una presencia de María

Otra experiencia importante es el encuentro de las muchachas en recuperación con las religiosas ancianas, haciendo juntas trabajos manuales, llevando a una religiosa en silla de ruedas, escuchando un sabio consejo, rezando o simplemente escuchándose mutuamente: *«Las religiosas de Siessen para mí son una presencia de María entre nosotras. Vivir esta relación con ellas me hace pensar en la posibilidad de que toda una comunidad puede vivir con la luz de Dios Amor. Muchas veces el diálogo*

*con ellas me hace encontrar la respuesta que necesitaba»* (María Belém).

Para las jóvenes religiosas se presenta un campo de trabajo que, además de ayudar al sostenimiento de la provincia, presenta una manera nueva de anunciar el Evangelio: *«Soy estudiante de psicología y he tenido la oportunidad de realizar prácticas en la Fazenda da Esperança. Veo la necesidad que estas jóvenes tienen de ser escuchadas, amadas y acogidas en la condición en la que se encuentran. Es una experiencia gratificante y un modo para conciliar mi trabajo profesional con nuestro carisma»* (Marcia).

*«Formé parte del primer grupo de religiosas jóvenes que inició la experiencia con las muchachas en recuperación. Los retos fueron muchos, pero Dios nos ha conducido de un modo muy evidente. Hoy, como religiosa de votos perpetuos, trabajo en la Fazenda da Esperança como profesional. Una experiencia que me ha complacido mucho es la que he vivido en Coroatá, en el Nordeste, con los adolescentes (la Casa de los Menores es una de las filiales de la Fazenda). Les daba formación humana y espiritual, y también trabajaba como asistente social de la escuela donde estudiaban. Llegué a ser para ellos punto de referencia y siempre tenía la ocasión de defenderlos contra las discriminaciones, para que tuviesen un trato justo»* (Marines).

Dios ha sido “escandalosamente” misericordioso con nosotras haciéndonos el regalo de la casa “Sol Naciente”, que acoge a personas con HIV en fase terminal. Nuestras aspirantes comparten la experiencia de vida con ellas, rezando juntas, dando catequesis y siendo una presencia mariana. Con la muerte de J. Rosendo, el fundador de la casa, nos hicimos cargo de la coordinación general. Allí podemos vivir el amor gratuito propuesto por san Francisco: *«Deben alegrarse cuando se encuentren entre personas viles y despreciadas o entre los pobres, los débiles, los leprosos y junto a los que piden limosna por la calle».*

# Vivir la comunión en los organismos eclesiales

*Mario y Luisa Franzoia*

*Una interesante trayectoria en la Iglesia de Trento. Partiendo de relaciones personales verdaderas, crece la unidad implicando a laicos, presbíteros y personas consagradas. Carismas antiguos y nuevos en diálogo para la ciudad.*

**D**ESPUÉS de nuestro traslado en 1984 a Trento, hemos trabajado en las comisiones diocesanas de la familia, de Cáritas, y en el consejo de laicos, como representantes del Movimiento de los Focolares

No siempre ha sido fácil trabajar dentro de estos organismos, pero era importante estar en ellos para ser constructores de unidad. A lo largo de los años hemos tenido muchísimas ocasiones para construir muchas relaciones con laicos y sacerdotes.

### Con los movimientos

En base a estas relaciones, después del encuentro del papa Juan Pablo II con los movimientos eclesiales y nuevas comunidades en Pentecostés de 1998, fue surgiendo en Trento el don de la comunión con los distintos movimientos presentes en la diócesis. A través de varias iniciativas nos fuimos

conociendo, nos reconocimos, nos estimamos y apreciamos recíprocamente, aun teniendo opciones diversas en el campo cultural y político.

En la diócesis, desde hace 10 años, en la vigilia de Pentecostés se celebra en la catedral la jornada de los movimientos y de las asociaciones laicales. Nuestro arzobispo ha dicho que se ha convertido en una tradición y que representa un signo de unidad para la Iglesia tridentina. Al término de cada jornada, podíamos asegurarnos: «*Es otra etapa; ya no podemos volver atrás, sino que hemos de proseguir en la dirección de la unidad*».

Esta experiencia no se ha detenido en los movimientos y, año tras año, este espíritu ha ido templando e impregnando también la consulta diocesana de las agrupaciones laicales (unas cuarenta entre asociaciones y movimientos). En un primer momento, los vicarios episcopales para los laicos se detuvieron a observar, pero luego, a medida que

se fue construyendo con ellos una relación cada vez más profunda, la actitud fue cambiando, porque se sentían envueltos en una comunión no sólo efectiva, sino también afectiva.

Se admiraban del modo fraterno de saludarnos antes y después de las reuniones, cosa que no constataban cuando iban a visitar a los consejos pastorales parroquiales o de arciprestazgo. Alguno de ellos decía siempre: «*Siento que los movimientos tenéis el don de la comunión*». En varias ocasiones hemos colaborado juntos para el bien de la ciudad y de la diócesis, porque, como cristianos, todo nos pertenece, todo lo sentimos nuestro, especialmente todo lo que de negativo y de doloroso sucede en la humanidad.

Desde hace ocho años, celebramos juntos la “Jornada de la Vida”, para responder mejor a los retos actuales, que son demasiado grandes si cada movimiento los afronta por separado. Han sido tardes especiales, con intervenciones de natable interés cultural. Los testimonios personales, auténticas historias heroicas de Evangelio vivido, han sido momentos que han llegado profundamente al corazón de los presentes y han sido incluso publicadas en la revista Città Nuova.

### Con todos los carismas

En sintonía con la comunión entre los “nuevos” carismas, también nació en 2003 un camino de comunión con los carismas “antiguos”. Hacía años que conocíamos al actual vicario episcopal para la vida consagrada, porque era el asistente de la comisión de Cáritas. De este modo la relación de comunión construida con él se amplió luego a las secretarías de la Unión de Superiores y Superiores Mayores de Italia, teniendo momentos de convivencia y cada año se la concretado en un encuentro que pone de manifiesto la belleza de los unos y de los otros.

Estando juntos y conociéndonos como

hijos e hijas de las grandes e históricas familias religiosas y de los movimientos modernos, los unos ofrecen sus tesoros de sabiduría y de experiencia y los otros el frescor, impulso y entusiasmo generoso para la evangelización de hoy. El arzobispo está especialmente contento con esta comunión entre carismas antiguos y nuevos y la ha presentado como modelo a la Conferencia Episcopal del Trivéneto.

En mayo de 2004 y 2007, la participación de todos los representantes de estos movimientos y nuevas comunidades y de los vicarios episcopales en los dos congresos “Juntos por Europa” en Stuttgart (Alemania), remarcó aún más la fraternidad entre nosotros. Allí éramos más de 11.000 los participantes de 140 movimientos católicos, evangélicos, anglicanos y ortodoxos, provenientes de toda Europa, movidos por una “cultura de la reciprocidad”, en la cual pueblos e individuos distintos pueden acogerse unos a otros, conocerse, reconciliarse, aprender a estimarse y a sostenerse mutuamente. Esta unidad fue una ocasión para mostrar la vitalidad de la experiencia cristiana en el mundo de hoy, particularmente en Europa.

### El último encuentro

Este año, el encuentro entre carismas antiguos y nuevos ha tenido lugar en el Centro Mariápolis de Cádine (Trento), con gran número de participantes. El biblista G. Vivaldelli, director del Estudio Teológico Académico, tuvo una ponencia titulada: «*Esforzaos en estimaros mutuamente*», invitando a todos a reflexionar sobre unos versículos de la carta de san Pablo a los Romanos (12, 9-18).

Un breve vídeo, que hizo desfilar por la pantalla los nombres de las familias religiosas y de los movimientos presentes en la diócesis, con una frase-síntesis de sus respectivos carismas, ofreció visualmente el lazo de comunión de los unos con los otros.

Este sencillo gesto suscitó entre los presentes conmoción y al mismo tiempo gratitud al Espíritu Santo, que, como único fundador, ha suscitado en el correr de los siglos respuestas adecuadas para cada “noche oscura” de la humanidad.

Mons. Luigi Bressan, arzobispo de Trento, en su saludo subrayó que «*el Señor suscita formas nuevas de carismas sin negar las precedentes*» y que «*toda opción de vida, todo carisma, incluso la Iglesia, no son fines en sí mismos, sino que están para el mundo*». Luego comparó este estar juntos dentro de la Iglesia entre carismas antiguos y nuevos con una sinfonía interpretada por diversos instrumentos que

componen una orquesta. El diálogo, los saludos fraternos y las impresiones, todas positivas, confirmaron el clima de profunda comunión que se creó a lo largo del encuentro.

La búsqueda de la comunión es como un laboratorio en el que nos comprometemos a rezar unos por otros, a compartir dificultades y dolores, a comunicarnos las experiencias positivas para gozar juntos del progreso del Reino de Dios en medio de los hombres. Hemos comprendido que el carisma del uno también es de utilidad y de crecimiento para el carisma del otro y cada vez nos sentimos más hermanos, que trabajan por el mismo fin en la Iglesia y en la sociedad.

*«El fiel laico no puede jamás cerrarse sobre sí mismo, aislándose espiritualmente de la comunidad; sino que debe vivir en un continuo intercambio con los demás, con un vivo sentido de fraternidad, en el gozo de una igual dignidad y en el empeño por hacer fructificar, junto con los demás, el inmenso tesoro recibido en herencia. El Espíritu del Señor le confiere, como también a los demás, múltiples carismas; le invita a tomar parte en diferentes ministerios y encargos; le recuerda, como también recuerda a los otros en relación con él, que todo aquello que le distingue no significa una mayor dignidad, sino una especial y complementaria habilitación al servicio (...). De esta manera, los carismas, los ministerios, los encargos y los servicios del fiel laico existen en la comunión y para la comunión. Son riquezas que se complementan entre sí en favor de todos, bajo la guía prudente de los Pastores (20).*

*En su existencia no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida “espiritual”, con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada vida “secular”, es decir, la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura. El sarmiento arraigado en la vid que es Cristo, da fruto en cada sector de su actividad y de su existencia. En efecto, todos los distintos campos de la vida laical entran en el designio de Dios, que los quiere como el “lugar histórico” del revelarse y realizarse de la caridad de Jesucristo para gloria del Padre y servicio a los hermanos. Toda actividad, toda situación, todo esfuerzo concreto —como por ejemplo, la competencia profesional y la solidaridad en el trabajo, el amor y la entrega a la familia y a la educación de los hijos, el servicio social y político, la propuesta de la verdad en el ámbito de la cultura— son ocasiones providenciales para un «continuo ejercicio de la fe, de la esperanza y de la caridad» (59).*

Juan Pablo II, *Exhortación apostólica post-sinodal Christifideles Laici.*

# Hacer que circule la esperanza entre los jóvenes

*Nicola Giacobini, s.d.b.*

*¿Las nuevas generaciones son más difíciles y complicadas que las anteriores? ¿De quiénes son hijos los jóvenes de hoy? El empeño de un salesiano en el mundo juvenil. Parece una paradoja, pero éste es un tiempo favorable para ofrecer nuevos espacios de desarrollo humano y espiritual.*

**E**L mundo juvenil representa el desafío más importante y urgente que la sociedad está llamada a aceptar y afrontar. No voy a hacer un análisis (que hay hasta demasiados) ni tampoco quiero dar indicaciones técnicas sobre métodos educativos. Sí deseo, en cambio, narrar algunas historias y proyectos que abran a la esperanza y estimulen a los adultos a aceptar con valentía este reto.

«La juventud actual está entregada al demonio, sin dios y perezosa. Nunca será como la juventud del pasado y jamás logrará dar continuidad a nuestra cultura». Leyendo esta frase (aparecida hace algún tiempo en un conocido periódico), seguramente muchos de nosotros han llevado la memoria a muchos artículos de diarios, telediarios y revistas especializadas: bulismo, baby-gang, violencias grabadas en móvil y perpetuadas en YouTube, indiferencia por el estudio y deserciones escolares... Pero deteniéndome un momento y mirando la fuente de esta noticia, me llega la sorpresa: ¡es una frase escrita en un papiro fenicio de hace 3000 años!

Mi fundador, don Bosco, sintetizó la imprescindible actitud de confianza y esperanza en esta frase: “En todo joven, incluso en el más irremediable, hay un punto accesible al bien. Pertenecer al educador encontrarlo y sostenerlo”. Para mí quiere decir mirar a cada joven con ojos atentos, escucharlo con orejas prontas, tratar de comprenderlo con inteligencia lúcida y corazón profundo, sostenerlo con voluntad fuerte, gran paciencia y firmeza decidida.

### Francisco

Francisco llegó hace algún año a nuestra escuela superior. En realidad, más que llegado fue llevado por su madre, porque ya estaba destinado al abandono escolar después de una escabechina en los exámenes, pues las ganas de estudiar y los resultados eran bajo cero.

Llegó a nuestra escuela no tanto para el ámbito (gráfico, mecánico y eléctrico), sino para una experiencia rara en esta región, la

del internado para muchachos de escuelas superiores: los alumnos son cerca de 60 y, por motivos de distancia geográfica o por exigencias de carácter personal o familiar, viven con nosotros desde el lunes por la mañana hasta el viernes por la tarde.

El elemento que más sobresalía en la vida de Francisco era “el desorden”: sustitución del día por la noche (sobre todo el fin de semana), tardes al gusto del momento, teléfono móvil siempre pegado a la oreja, uso descarado de drogas “blandas”, alcohol y comportamientos sexuales desinhibidos. En fin, el dicho “sexo-droga y rok-n-roll”.

Imaginaos su estupor y su enfado al verse metido improvisamente en una escuela de curas, donde no se puede “hacer novillos”; en donde por la tarde hay un horario fijo en el que se estudia junto a los otros 60 chicos; donde a una hora fija de la noche se apagan las luces y hay que dormir... en fin, ¡una pesadilla! Por fortuna, poder jugar al fútbol, ver un film, tocar en la sala de ensayos y charlar con los amigos hacía la situación más tolerable. Pasan las semanas y educadores y profesores tratamos seguir a Francisco a distancia, conscientes que ésta es su última posibilidad, alternando intervenciones oportunas con comprensivos “dejemos correr”, junto a frecuentes coloquios personales con él y con su familia, a la que también había que sostener y guiar.

Los resultados, aunque costosos y efímeros al principio, van llegando: Francisco es inteligente, si estudia comprende y las preguntas y exámenes escritos ya no son el festival del mudo. Hacia media noche el móvil termina su trabajo de sms con la novia, la música y los juegos, y las 7 horas de sueño lo transforman de “zombi” en “estudiante adormecido”, que ya es un medio milagro. Con los educadores y sacerdotes pasa de una inicial y legítima sospecha a una franqueza hasta demasiado abierta (típica de los chicos de hoy).

Está cambiando. Es un espectáculo ver cómo sucede: para la fiesta del centro se ofrece como dee-jay (que es su pasión discotequera de siempre); cuando estalla cualquier litigio entre los chicos, trata de quitar hierro con su modo de suavizar y dar colorido a la situación; además ha conseguido un seis y medio en matemáticas.

¿Qué es lo que le mueve? ¿Qué hemos logrado tocar en él con nuestras tentativas a menudo confusas y titubeantes? En una conversación con algunos compañeros, supimos que Francisco hablaba de un familiar que le tomaba el pelo porque iba a una escuela de curas y él le respondió con valentía: «*También a ti te iría bien venir aquí, porque eres ácido como un limón. Al menos aquí me escuchan*». “Al menos aquí me escuchan”: estas palabras se grabaron en mi corazón y en mi mente.

## Descubriendo a Dios

Diarios, tv, revistas científicas y expertos hablan de los jóvenes con adjetivos que van desde *disponibles a fáciles, desde dependientes de las sensaciones del momento a débiles y superficiales*. Ciertamente, viviendo todo el día junto a más de 60 adolescentes y organizando a menudo retiros y encuentros formativos para muchos de ellos, puedo testimoniar con seguridad cómo la vivencia interior, espiritual, es frágil y un tanto insegura, pero con frecuencias aparecen impulsos de buena voluntad, vislumbres de sinceridad, aunque de pronto aparezcan retrocesos y posiciones pasivas que necesitan continuos afianzamientos.

«*A los jóvenes hay que decirles las cosas 100 veces y aún no basta*». No es la frase de un padre frustrado de hoy o de un religioso en apuros con un grupo juvenil contemporáneo, sino de don Bosco que me empuja a acoger las dificultades no como las inevitables consecuencias de la decadencia contemporánea, sino como un reto.

¿Qué desafío mayor para el crecimiento

interior que la celebración de los sacramentos? Cuando en nuestra escuela profesional programamos las confesiones comunitarias parecía una batalla persa. Por eso tratamos de prepararla bien, anunciando la fecha durante un momento comunitario de los estudiantes y explicando el significado de la forma más distendida durante la clase de religión; llevando cada vez a los de una clase a la iglesia, también los profesores; ofreciéndoles puntos de reflexión y examen de conciencia, pero dejando que a cada uno libre de acercarse o no a los sacerdotes; creando una atmósfera de silencio con suave música de fondo y preparando folletos con breves relatos para quien decidiera no confesarse o para quien, terminada la confesión, quisiera permanecer un poco en el silencio en la iglesia.

Recuerdo a Fabio, joven “discotequero”, que se acercó y me confió que desde la cuaresma anterior había dejado de ir a misa y de confesarse. «*¿Qué te ha empujado a venir hoy?*». «*No lo sé bien –fue su respuesta sincera– pero sentía que debía decirlo a alguien*». Y abrió su corazón, su vida, sus dificultades, sus relaciones familiares y con las chicas. Entregó su interioridad tan molesta, al principio tal vez sólo al cura que le era simpático, o tal vez también a sí mismo, tomando la confesión como un desahogo. Pero poco a poco, celebración tras celebración, cuatrimestre tras cuatrimestre, la conciencia se fue formando y dilatándose, hasta comprender que detrás y en mis palabras estaba la presencia de un Dios que lo ama personalmente.

Y de este modo comenzó a apreciar este momento tan personal, seguro de ser escuchado, aconsejado y acompañado. Rencores, vicios, relaciones poco sanas, dudas sobre Dios, sobre la fe, sobre la Iglesia han sido en estos años el pan cotidiano del sacramento, junto a esperanzas y alegrías y pasos adelante. Terminada la escuela, la sorpresa: me invitó a la misa de acción de gracias por los cien años de su bisabuela.

Durante el curso teníamos salidas de dos días compartiendo la vida, parrilladas, caminatas, pero también oración, encuentros de grupo compartiendo testimonios de vida cristiana. Junto con Pablo -un compañero que vive y trabaja con niños en adopción- organizamos una marcha con un grupo entre los más reacios a rezar. Les despertamos la curiosidad diciéndoles que era una salida sólo apta para los que eran suficientemente maduros para saber encontrarse con quien vive con niños abandonados y con quienes viven una vida monacal (cerca de la casa de Pablo hay un desierto camaldulense) y para los que aceptaran hacer la experiencia personal de silencio.

Al comienzo de la jornada Pablo y yo lo confiamos todo a Dios, pidiéndole que sólo fuese Él el que hablara, presente en el corazón de los chicos y en medio de nosotros por el amor recíproco que une nuestras vidas. Él contó con decisión y sinceridad su experiencia de amor concreto y sufrido con estos niños abandonados, cómo vivía su relación con Dios, sus oraciones, sus dudas y sus esperanzas. La Palabra de Dios anunciada, explicada y orada por los monjes como fuente de sus vidas, abrió después el momento de silencio: 45 minutos empleados de modo autónomo por el interior de un gran parque natural. En mi corazón un gran temor: serviría para charlar, se dedicarían a copas, a fumar o... peor.

Lo confié todo a Dios con un acto de fe en Él que está en sus corazones como en el mío y después de algún minuto comencé a pasear con tranquilidad por el parque. Una vez más los chicos fueron mis maestros: quizá ellos creían más en lo que habíamos propuesto que en lo que yo creía en ellos. El silencio reinaba soberano: una chica, agnóstica (así se define ella), me confió que le había gustado estar en silencio y reflexionar sobre las preguntas propuestas después del trozo del Evangelio. Pequeñas semillas...



# Unidos por la misma raíz

*María Voce*

*Traemos aquí el saludo que María Voce, presidente del Movimiento de los Focolares, y Giancarlo Faletti, copresidente, dedicaron a los dirigentes de la Fazenda da Esperança, el 28 de mayo del 2010, con ocasión de su visita al Centro internacional del Movimiento.*

**R**EALMENTE hay que dar gracias a Dios y a vosotros que habéis respondido con vuestro sí a la llamada de Dios.

¿Qué deciros? ¡Expresaros nuestra alegría!

Nelson <sup>1</sup> decía que es el día en que se realiza un sueño. Quizá sin saberlo, también para nosotros se realiza en este momento un sueño de Chiara. Únicamente podemos expresar la alegría de darnos cuenta que la respuesta de Chiara a la llamada de Dios continúa produciendo frutos maravillosos. Porque el testimonio de Fray Hans expresa esto. Haber encontrado este carisma de Chiara a través de un religioso, a través de una familia, ha hecho nacer en él un empuje nuevo. Y de esta vida nueva de Fray Hans surgió la vida nueva de tantos de vosotros, de todos vosotros.

¡Me parece ver el carisma de Chiara como un tronco, como una raíz profunda tan grande como Dios! Justamente porque existe esta raíz profunda, sigue teniendo

nuevas ramas, nuevas hojas, nuevas flores. ¡Y quizá cuántos vendrán todavía!

Porque si Dios dio a Chiara un carisma, que es el de tender a la unidad de toda la familia humana, seguro que no puede hacerlo Chiara sola. Ni siquiera la Obra de Chiara por sí sola. Por eso han nacido los diálogos de la Obra de María, del Movimiento de los Focolares, con todas las demás obras.

Yo diría que con vosotros no es tanto un diálogo, porque vosotros habéis nacido de esta Obra. Vosotros os reconocéis nacidos de esta espiritualidad de Chiara. Por tanto, es un diálogo en la misma familia, no un diálogo entre familias. También dos hermanos se parecen, como Fray Hans y su hermano; quizá otro hermano se le parecería menos, pero no es que el hecho de que se parezca menos significa que es más majo o menos majo, más guapo o menos guapo. Significa solo que Dios es rico en sus dones y distribuye a manos llenas dones diversos. Y de una misma raíz, hace nacer tantas cosas.

Agradecemos a Dios formar parte de esta raíz y que de esta raíz haya nacido la Fazenda da Esperança, que tiene la misión de testimoniar una esperanza que viene del Evangelio, de la Palabra vivida y, transformando a las personas que viven la Palabra en hombres nuevos, contribuye a hacer de toda la humanidad una familia.

Porque ¿cuándo se habrá realizado el «*ut omnes unum sint*» (cf. *Jn* 17, 21)? Cuando

¡Me parece ver el carisma de Chiara como un tronco, como una raíz profunda tan grande como Dios! Justamente porque existe esta raíz profunda, sigue teniendo nuevas ramas, nuevas hojas, nuevas flores. ¡Y quizá cuántos vendrán todavía!

cada uno de nosotros sea Jesús. Entonces: Jesús, Jesús, Jesús, Jesús... una única realidad, una única familia. Esto es lo que sentimos. Por tanto, una gran alegría, un reconocimiento y también un descubrimiento, en cierto modo, de estos hermanos. Y una familia que crece produce gozo.

Entonces, ¿cuáles son los vínculos entre nosotros? El vínculo principal, como ha dicho Fray Hans, es la vida de la Palabra que se traduce en acciones concretas, día a día, y que nos lleva por un camino de santidad, no importa de dónde se parte, sino que importa vivir esta Palabra en el momento presente.

En esa Palabra todos nos encontramos ligados, todos unidos. Puede darse que los folclóricos hagan una mariápolis, la Fazenda da Esperança hace una actividad para recuperar a jóvenes drogadictos... Es importante tanto la unidad como la distinción, porque Dios nos hace descubrir su ser Uno y Trino; todas nuestras relaciones han de tener esta dimensión de unidad en la raíz –y la raíz es el Evangelio– y, por otro lado, también la ca-

racterística de ser tantas obras distintas, para multiplicar las posibilidades de bien.

Por tanto, sin ningún temor, sin ninguna reserva, dar gracias a Dios por tantas obras que Él hace nacer... y estar atentos a esa voz de Dios dentro, que nos dice qué hacer cada uno personalmente. Y vosotros la habéis escuchado, porque estáis aquí. Y por tanto vamos adelante juntos.

*Giancarlo Faletti*: También yo me uno a este saludo... a este momento de alegría, que sin duda es un momento de gran alegría también para Chiara. Recuerdo un momento en el que, creo eran los inicios de los años 80, Chiara estaba en esta sala con un estupendo grupo de jóvenes y habló de la Palabra. Habló con un entusiasmo grandísimo y dijo: recordad que, como dice san Jerónimo, la Palabra de Dios no es como las demás palabras. Las otras palabras producen una planta de huerto, que tiene pocos días de vida y se marchita. Sin embargo, la Palabra de Dios produce una gran planta, que llega a ser tan grande, que los pájaros anidan en ella... y dura por siempre. Yo creo que vosotros sois testimonio de esta vitalidad.

*María Voce*: Creo que también habéis dado una gran alegría a la Iglesia, testimoniada por la aprobación que habéis recibido del Pontificio Consejo para los Laicos. Porque la Iglesia no es que aprueba una Regla, aprueba una realidad, una vida que existe. Por tanto, esto es una vida nueva que nace, que la Iglesia reconoce y goza porque quiere decir que la Iglesia e siempre joven.

Entonces, con esta alegría en el corazón –vuestra, nuestra y de toda la Iglesia– pienso que podemos verdaderamente dar gracias a Dios.

---

<sup>1</sup> Nelson Rosendo, uno de los fundadores de la Fazenda da Esperança, junto con Fray Hans Stapel o.f.m., Iraci Leite y Lucilene Rosendo.

## ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

30. El amor de Dios Padre.
31. Vivir a Jesús que ora.
32. Propuestas de Pastoral Juvenil.
33. El Este europeo, más allá de las fronteras.
34. Fraternidad.
35. Martirio.
36. El amor sana.
37. Asís: diálogo entre carismas.
38. Esperanzas de inicio de milenio.
39. Habitar en armonía.
40. Evangelizar.
41. Caminar desde Cristo.
42. Fidelidad.
43. La Sabiduría.
44. Vida religiosa. ¿Respuesta a los signos de los tiempos?
45. De Subiaco a Montserrat. Monaquismo Benedictino en Camino.
46. El amor une.
47. El Rosario, camino de espiritualidad - I.
48. El Rosario, camino de espiritualidad - II.
49. La experiencia.
50. «Sed santos».
51. Un camino para la unión con Dios.
52. Laicos y religiosos juntos.
53. La vida religiosa y el corazón inquieto de Europa.
54. Caminar con Jesús en medio de los suyos.
55. La Eucaristía: llegar a ser Jesús.
56. Carismas para Europa y para el mundo.
57. Religiosos jóvenes en la vida consagrada.
58. Jesús abandonado y la vida.
59. La vida consagrada a la luz del carisma de la unidad.
60. La vida consagrada en el diálogo interreligioso.
61. Vivir la palabra.
62. La educación a la espiritualidad de comunión.
63. Sentir a Dios.
64. Mi noche no tiene oscuridad.
65. Carismas para la ciudad.
66. Misioneros: Evangelio y Cultura.
67. ¿Quién construye la ciudad?
68. Para ser la palabra viva'
69. Caminando con san Pablo.
70. Chiara Lubich y los carismas.
71. Siguiendo los pasos de María.
72. El Dios de Jesús, no otro.
73. Un sacerdocio para todos.
74. Transmitir el carisma.
75. Carismas: dones del Espíritu en una Iglesia-comunión.
76. En la tierra como en el cielo.

---

*Los números atrasados se pueden adquirir al precio de 2 € ejemplar.*

## EN MEMORIA DE JUAN PABLO II . BEATIFICACIÓN, 1 DE MAYO DE 2011

«La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. *Rm* 5, 5), para hacer de todos nosotros “un solo corazón y una sola alma” (*Hch* 4, 32)» (*NMI* 42).

«Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo...

Espiritualidad de la comunión significa, ante todo, una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.

Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», a demás de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga* 6, 2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento» (*NMI* 43).